



Alcaldía de Medellín

PLAN ESPECIAL DE SALVAGUARDIA (PES)

MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA

Ejes de acción de Salvaguardia

Proyectos de investigación

Transmisión, educación y comunicación social del patrimonio

Temática de investigación

Historias y memorias de la manifestación cultural silletera

Proyecto

Repositorio digital de memoria oral: Raíces, Cultura Silletera - Fase 1

Secretaría de Cultura Ciudadana

Medellín, Colombia

2017



Arriero de tradición

Arriero de tradición

Silletero Alfonso Ríos Ramírez

Nacido en 1933

Vereda El Placer, Medellín

Prólogo

Alfonso Ríos es un hombre amable, sabio, elocuente y dotado de una memoria prodigiosa. A sus 85 años todavía recuerda con gran detalle los principales hechos que marcaron su vida desde que comenzó a trabajar a los seis años, arriando bestias por los caminos de Santa Elena y en las calles de Medellín. Su vida ha girado en torno a un profundo amor por los animales, las flores, el campo, su familia y los oficios que le han permitido subsistir. Su relato alude constantemente a las dinámicas cotidianas de otrora, cuando llevaba carga hasta la zona urbana de Medellín y regresaba con el mercado a casa; una ecuación imprescindible para la subsistencia de entonces; es decir, si no bajaba carga no había mercado. Eso fue algo que don Alfonso comprendió a muy tierna edad.

Ha sido astuto, curioso y perspicaz al punto que ha logrado resolver casos delincuenciales con la sola ayuda de su intuición y prudencia; pero también ha dejado huella en la historia del Corregimiento, por ser uno de los gestores de la carretera que va desde El Yarumo a Pescadero, una vía que propició el poblamiento de buena parte de territorio y que hoy soporta las dinámicas turísticas del sector. También fue pionero y testigo privilegiado del inicio del desfile de silletteros, y como tal da fe de las motivaciones que lo originaron y de los pormenores de esos primeros momentos. Si bien su vida nunca ha sido fácil, pues desde niño ha trabajado muy duro, apelando al dicho coloquial, podría decirse que su camino, literalmente ha estado adornado de flores, por cuyo cultivo ha desarrollado una predilección especial, ya que este ha sido la base de su sustento.



Arriero de tradición

El proyecto de reconstrucción de ocho historias de vida de antiguos pobladores de Santa Elena, del cual hace parte la presente, se desarrolla como producto de una alianza entre la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín y la Universidad de Antioquia. Éste pretende recuperar las memorias asociadas a los saberes y a la tradición silletera y avanzar en la ejecución del Plan Especial de salvaguardia de la manifestación silletera. La inclusión de don Alfonso Ríos en este proyecto de memoria y salvaguarda de la manifestación cultural silletera, resultó de un trabajo exploratorio que recogió las recomendaciones de diversos habitantes del sector, quienes lo reconocen como un protagonista de la tradición silletera y un testigo excepcional de las transformaciones que han experimentado las dinámicas del territorio.

La reconstrucción de su historia fue el resultado de una serie de entrevistas y encuentros, cuatro en total, regidos por el método biográfico y las entrevistas en profundidad. En el primer acercamiento se le explicaron el propósito y los alcances del proyecto y se le indagó sobre su disposición para narrar con detalle su trasegar en la vida y describir algunos hechos asociados a la tradición silletera y campesina en la zona. Tras su consentimiento, se programaron tres entrevistas adicionales, que se efectuaron en diversos encuentros en un lapso que no superó un mes.

Por el tipo de método utilizado se desestimó el uso de cuestionarios estructurados o cerrados, es decir, se privilegiaron las preguntas abiertas, explorando los temas que él mismo planteaba. En todo momento se buscó generar la confianza suficiente para que pudiera hablar de su vida sin prevenciones y en términos naturales. La recolección y organización de los testimonios fue un proceso que se apoyó en el registro sonoro de las entrevistas, cada una de las cuales fue transcrita de forma textual, y luego sistematizadas y analizadas, pues el método biográfico exige que luego de cada encuentro, el investigador reflexione sobre los avances efectuados y prepare la entrevista siguiente, en el propósito de configurar un relato completo, sin perder de vista lo relativo que siempre será este ejercicio, dado lo inabarcable que es cualquier historia de vida.



Arriero de tradición

También se tuvieron en cuenta algunas categorías previamente establecidas por el equipo investigador (ver Propuesta técnica), que en gran medida condujeron los temas de conversación, siempre asociados al territorio y las tradiciones locales.

Basados en los acontecimientos más significativos y relevantes, el relato resultante presenta una estructura cronológica, sin perder de vista la espontaneidad del narrador; esto es, enfatizando en aquellos temas y anécdotas privilegiados por don Alfonso en cada encuentro. El escrito procura ser fiel al lenguaje y la forma particular de narrar los acontecimientos de su vida, de ahí que sea contado en primera persona.

Andrés Felipe Roso
Antropólogo, investigador
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia

MI HISTORIA¹

Yo nací en 1933, en el Ato de Medina, municipio de Guarne. Yo soy vecino de Guarne y bautizado en Guarne, aunque vivo aquí hace 60 años. Mi papá se llamaba Baltasar Ríos Atehortúa y era de Guarne. Él fue agricultor prácticamente toda la vida. Trabajó un tiempo en las Empresas Públicas arborizando, sembrando árboles. Trabajó en eso como siete u ocho años. Luego volvió a la casa, a seguir, y allá murió.

Mi papá no fue jardinero, era mal agricultor, no le rendía, pues, como mucho. Se le iba el tiempo sembrando cualquier erita de papas y una huertica que había con maíz. Las desherbaba, sembraba el maíz y se ponía a desherbar otra vez, aunque no había que desherbarlo tanto, casi que ahí invertía el tiempo. Con el trabajo en las Empresas Públicas salió un poquito adelante y ya nosotros logramos crecer, pero el trabajo de él era principalmente agricultura. De pronto le revolvía la quemada de una carga é carbón o una carga é leña, que llevaba a Medellín por un camino de herradura.

Mi mama se llamaba María del Tránsito Ramírez Cardona y también era de Guarne. Ella lavaba ropa de señoras de Medellín. Había muchas lavanderas en la región donde yo me crié, ellas bajaban con caballo. Mi mamá, por ejemplo, llevaba una carga en un caballo, bultos grandes. Bajaba el día lunes a llevar la limpia y subir la sucia. Así hacían todas esas lavanderas. Por allá se subía mucho a caballo con cargas de ropa. Incluso había tres primas de mi papá que tenían tres caballos y los subían cargaos con unos bultos tremendos. Cuando yo estaba ya más grandecito, arriaba y llevaba esa ropa y la de mi mamá.

Me crié en la cabecera de la quebrada La Brizuela, donde era nacida mi mamá, junto al Tambo, por Piedras Blancas. Ahí cerquitica, al otro lado de la quebrada. El Tambo está pa' este lado de la quebrada y la casa paterna de mi mamá estaba pa' l otro lado, ahí pegada a la

¹ Silletero Alfonso Ríos Ramírez

quebrada, es decir, la finquita paterna de ellos lindaba con la quebrada de Piedras Blancas, que es la quebrada que baja de aquí de Mazo, de aquí de San Miguel. Todas esas quebradas de aquí ya son juntas allá.

Yo conocía a todos mis abuelos. El abuelo paterno se llamaba Juan Clímaco Ríos Molina y mi abuela Leonor, que la conocían como “Liona” o “Lionita”. Todo el mundo la trataba con mucho cariño. Inclusive los tíos de la esposa mía, que vivían allá por el lado de Mazo, venían a veces con hambre y decían -vamos a tomar mazamorra donde Lionita, que esa mazamorra de donde Lionita es muy buena y entraban pa’ llá. Ellos encantados de tomar mazamorra donde Lionita. Ella era especial pa’ hacer mazamorra con leche y eso le quedaba muy buena.

Los abuelos maternos se llamaban Víctor Julio Ramírez Rojas y Justiniana Cardona, que no sé cuál segundo apellido tendría, pero sí sé que era Cardona. Conocí a todos dos y los traté bastante. Cuando niño, creo que me crié los primeros años de la vida al lado de los maternos, allá en Piedras Blancas. Como historia me contaron que me habían devuelto pa’ la casa quizás porque me había vuelto muy grosero y malcriado. Hay que hablar la verdad, porque así son las cosas. Pero yo los conocí mucho, los traté mucho y la fui muy bien con ellos. Inclusive, ellos se fueron a vivir de Piedras Blancas a Medellín y cuando subía el abuelo yo iba a llevale almuerzo, iba a llevale comida de la casa paterna mía, que mi mamá le mandaba y casi siempre era yo el que se la transportaba, yo iba mucho donde él. Yo quería mucho a los abuelos maternos.

A todos los abuelos los quise, pero donde los paternos iba mucho porque la abuelita mía era muy amplia. Yo iba mucho donde ella a tomar mazamorra y a hacer mandaos. Allá iba el que fuera y no se podía ir sin tomase una taza de mazamorra o de agüepanela, casi siempre era mazamorra. Ella se levantaba y se ponía a hacer desayuno y ahí mismo se ponía a hacer la mazamorra. Era muy especial pa’ hacer mazamorra.

Los abuelos paternos eran los que estaban más cerquita y no les faltaban vacas para leche. Como en mi casa casi no había leche y vivíamos tan cerquita, yo iba allá con frecuencia o casi que diario, por una botella de leche pa’ que mi papá tomara mazamorra o de pronto

pa' algún niño pequeño que había, pa' los hermanos menores. Vivíamos en la misma finca. La finca era grande y eso quedaba por ahí a 10 minutos más o menos.

Mi abuelo Clímaco se dedicaba más que todo a sembrar un par de huerticas que tenía. Las cultivaba con maíz y le pegaba mucho, lo mantenía muy bonito. Y de pronto cortando leñita o quemando, para llevar a Medellín y tener con que traer mercaíto. Él no tenía sino una sola bestiecita y siempre la bajaba con una carga'e leña o con una carga'e carbón para vender. Yo no sé cómo más conseguía la plata él pa' traer el mercao.

La finca donde yo vivía era entonces del abuelo Clímaco. Él tuvo bastante propiedad y murió muy pobre. No hay que creer que porque se tiene finca se va a morir muy rico, no. Murió muy pobre. La vida de los abuelos míos les terminó con una pobreza arraigada. A nosotros nos tocaba llevales parte del mercao. Mi papá, dos hermanos mayores y yo hacíamos vaca y les llevábamos una partecita de comida. De esa manera vivían. Un tío mío, el hijo menor de ellos, les daba algo y ese sí tenía obligación de dales, lo que pasa es que era muy amarrao, muy económico, muy pa'él.

Él abuelo mío tuvo mucha propiedad en esa región de allá y la vendió toda con el anhelo de comprar casa en Medellín, pa'ise a vivir a Medellín. Y resulta que mi tío, que ya vivía en Medellín, se encargó de cogele la plata que pa' comprale la casa y compraba las casas era pa' él. Lo dejó en la olla. El pobre viejo no tuvo pa' onde irse. Cuando iba allá le daba un par de panela o cualquier pendejada y así se sostuvo, envolatao. Mejor dicho, yo que lo conocí mucho y que conocí la historia de los dos, así nos tocó vivirla. Yo me daba cuenta porque yo iba mucho, iba diario. Iba por el anhelo muchas veces o por la necesidad de llevar la botella e' leche. A veces iba a llevarles leña por la tarde para tomar mazamorra, el algo.

De los abuelos maternos no me acuerdo mucho lo que trabajaban. Ellos tuvieron huerta allá en Piedras Blancas, pero se fueron para Medellín estando yo muy pequeño, tenía yo por ahí siete años y ya los hijos de ellos estaban casaos. Tuvieron mucha familia. Eran 13 hermanos con mi mamá y algunos ya se habían ido adelante, a recorrer por allá por esos lados del Valle. Como dos o tres se habían ido por allá. Otro se perdió un poco de años, como 25 o 30 años

sin saber de él. Y los otros, en cuanto llegaron a Medellín, se pusieron a trabajar en Coltejer. Ahí consiguieron casa y vivieron en Medellín, en el barrio Aranjuez. Ellos eran ocho hombres y cinco mujeres.

En mi casa fuimos diez hermanos. Cinco hombres y cinco mujeres. Los hermanos míos se llamaban Jesús Octavio, Jaime Antonio, uno menor que me seguía a mí y se llamaba Víctor Julio, otro más menor que se llama Jorge y que todavía vive y el menor de todos, que se llama Francisco Antonio. Las mujeres se llamaban Leonor, María de Jesús, que era la segunda y las más menores que eran Fabiola, Ana Eva y Marta.

Yo era el quinto en la familia, de los diez, estaba en la mitad. Porque yo tenía, dos hermanas mujeres que eran las mayores y dos hermanos hombres que seguían de ellas dos. Ya seguía yo y de mí seguía otro hombre. Después volvió a haber otra mujer, después un hombre, después otra mujer y después volvió a haber otro hombre. Nosotros tuvimos buena amistad, fuimos compañeros. Peliones o cosa así, no. Yo creo que no nos quedaba ni tiempo, porque el estudio de los mayores era: los hombres por la mañana medio día y las mujeres por la tarde. Así fuimos creciendo.

Mi mamá lavaba ropa de Medellín y la hermana mayor le ayudaba. Una hermana hacía la comida y la otra también, pero le gustaba mucho leer y la profesión religiosa. Eso porque la hermana mayor también se había ido dizque a estudiar con unas hermanas y estuvo en Belén un tiempo, dizque en esa profesión religiosa. Ella trabajó allá como un putas y volvió a la casa cansada y muy enferma. Hubo que hacerle un tratamiento el verraco'e largo y entonces ya mejoró y siguió trabajando con mi mamá. En la casa trabajaba con nosotros un muchacho soltero sacando cabuya, ya que nosotros teníamos mucha cabuya. Ella volvió y al llegar a la casa se encontró con ese muchacho. Se fueron ennoviando y al fin se casó con él. Siempre tuvieron un poco'e familia y vivieron bastantes años juntos. Ya se murieron todos dos.

Cuando la hermana mayor se casó, ya quedó la otra con la misma idea de ise de religiosa, pero en una edad mayor, casi como de unos 20 años. Ella se embraveció con todos, con todos se fue brava. Casi que el que más la toleró fui yo, la toleré mucho porque yo la quería mucho,

hasta que ella dijo, me voy. Y un día yo vi que ella arregló un par de maletas con ropa y todas esas cosas.

Cuando eso yo manejaba las bestias. Mi mamá tenía una yegüita, mi papá tenía un caballo y yo ya tenía un caballito. Entonces, cuando ella se iba a ir, ella quedó arreglándose en la casa y yo cogí esas maletas de ella y las amarré en el caballito mío, que era más mansito y lo dejé en la casa en el patio pa' que un hermano mío fuera a llevarla a Guarne y entrara esas maletas hasta el colegio de Guarne, donde ella iba primero que todo. Ella estuvo en ese colegio. Ahí trabajó y estudió algo. De ahí la mandaron pa' un colegio franciscano en Medellín. Siempre estuvo estudiando y se graduó de religiosa. De los diez hermanos que éramos, los cuatro primeros están muertos. Dos mujeres mayores y dos hermanos. Todos los que están menores que yo están vivos.

La vida de nosotros desde niños fue dura. Somos de una familia numerosa y mis padres eran muy pobres. Mi mamá, más que todo, fue la fuerte de la casa pa' conseguir la comida y levantarnos a nosotros, lavando ropa. Y mi papá dedicado a la huertecita, sembrando unas matas de maíz o cualquier puñito'e papas pa' conseguise una libra de panela, como se dice. Así era la vida de ellos. Nos tocó una vida muy precaria.

En la casa me tocó colaborarle mucho a mi mamá, lidiando esa vaquita de leche que tenía, una o dos vaquitas que mantenía. A veces las teníamos en una cerquita de la casa y a veces estaban en la finca paterna de ella, que nos quedaba a una hora de camino de la casa, allá junto al Tambo. Cuando estaban allá me tocaba ir con una hermana mayor, a ayudale a ordeñar y a transportar la leche de allá pa' la casa. La leche, más que todo, la hacían en quesito. Y ya por la tarde me tocaba volver otra vez, a encerrar los terneros. A mí me tocó duro. Me tocaba esa jornada de por la mañana, de ir allá, a ayudar a ordeñar, de madrugada. Salir más o menos a las siete, pa' llegar a las ocho a la escuela de Mazo. A mí me tocó una vida muy dura de niño y después de viejo también, porque ya me casé y me quedé viviendo aquí, trabajando aquí y yendo a trabajar a la finca paterna. Y la finca paterna está a más de dos horas de aquí. Eso había que hacerlo a pie. Ir a pie y volver a pie. Dos horas.



Arriero de tradición

A veces me tocaba muy duro porque me tocaba con viaje de aquí pa' llá y con viaje de allá pa' cá. Casi nunca iba vacío, porque de aquí pa' llá iba con parte de mercao pa' la casa paterna, uno que me encargaban allá compra y otro que lo compraba yo pa' yudar allá, porque allá la situación económica era muy difícil. Entonces, yo compraba parte que me la encargaban ellos y llevaba de cuenta mía. Para yo comer y pa' que quedara el resto ahí. Yo llevaba la libra e panela, el par o más, para un día o dos que estuviera allá. Carne yo no compraba cualquier pedazo de carne pa' mí. Yo llevaba carne pa' ellos, que la compraba de cuenta mía. Era carne ordinaria, carne e sancocho, pero carne e sancocho es buena comida. Casi todos fuimos muy unidos. Allá la situación económica era muy mala, pero todos colaborábamos. Nosotros éramos colaboradores todos allá.

Cuando mi papá trabajaba ahí en la casa, le ayudábamos a trabajar. Y ya cuando estábamos por de aparte llevábamos comida. Le ayudaba de pronto a quemar una carguita e carbón, o dos o tres, en un horno, le ayudaba a cargar la leña, le ayudaba a armar eso y era mejor vaquiando. A eso le ayudábamos y también en la huerta, a desherbar el maíz y, de pronto, sembrábamos eritas de papa. Cabuya tuvimos mucha, pero no éramos guapos pa' sacar cabuya. Papa no se sacaba sino por ahí ocho libras. Pero eso es muy duro sacar cabuya en un carrizo. Yo, cuando empecé, sacaba dos o tres libritas. Después sí me sacaba mis diez o doce, cuando ya era más grande. Después eso lo dejamos cuando aparecieron las máquinas de sacar cabuya y ya después no volvimos a sacar. Conseguimos máquinas que nos sacaran eso, la sacaban en compañía, nos daban la mitad y se llevaban la otra.

Solamente la sacábamos y la vendíamos, no hilábamos. Eso se vendía barato. Cuando yo sacaba, se vendía dizque bien vendida a 50 centavos o 60 centavos libra. Cuando yo estaba pequeño era cuestión de tres o cuatro centavos o cinco. Y eso era barato. Eso fue muy duro. No me quedaba mucho tiempo de jugar. Porque yo tenía que ayudar mucho a la casa, ayudale a mi mamá, sobre todo, con esa vaquita o dos que manejaba, me tocaba hacele mandaos donde los abuelos, tanto donde el paterno como la materna. Antoes eso sí me tocó hacelo mucho.

Resulta que cuando yo estaba por ahí de ocho años, una hermana de mi mamá *se tulló* en un parto. Y antoes mi mamá tenía que lavale la ropa y arreglala. Y como era una familia pobre, no tenían aonde vivir, vivían en la casa paterna con los abuelos míos. Antoes a mí me tocaba, semanalmente, ir a llevale la ropa que mi mamá le lavaba y era hasta bastante, era un viaje pesao y traer el otro sucio que era todavía más peor, más pesao. Es que el mugre pesa mucho.

Cuando de pronto tenía tiempo de jugar con los hermanos, jugábamos bolas en el patio. Bolas únicamente. Eso lo aprendimos a jugar en la escuela y no nos faltaban bolitas. Eso lo vendían en el comercio y lo venden todavía. Eran fáciles de conseguir, eso valían por ahí a dos centavos o tres. Uno compraba cinco centavos de bolas, muchas veces le daban tres bolas por los cinco. Pero es que no nos quedaba tiempo de nada, ni a mí ni a los dos hermanos mayores.

Cuando estábamos en la escuela había tipos que apuntaban mucho y daban muy duro, y sencillamente se la volvían ripio a uno. A mí me tocó, sería cuando estaba en el segundo año de escuela en Mazo, que había un tipo que se llamaba Ramón Ruiz, más mayor que yo. Ese verraco tenía tanto pulso que la volvía ripio, con la de 1. Y tenía un pulso el hijuemadre. Eso no había que tirar lejos, eso como que se tiraba y se quedaba casi que preciso. Casi fijo lo dejaba a uno sin la bolita. Jugábamos con las chiquitas, que son las que se prestan pa' jugar. Ese tipo creció, era huérfano de padre y madre y lo crió una hermana. Ellos no eran demasiado pobres, porque él llevaba muy buena comida a la escuela. Y él salió de la escuela. Era un tipo inteligente, sabía leer y escribir más que todos, era el mandacallar. Y pa' jugar era el peor. Ese nos ganaba a todos. Nos quebraba las bolitas a todos, acababa con todos. Ese salió de la escuela y cogió pa' Medellín a negociar con flores. Y después era despachador de flores pa' casi todos los pueblos. Él era comprador de flores allá en Medellín. Me tocó vendele muchas flores al por mayor a él. Unas veces le vendía así y otras era por compromiso. A mí casi no me gustaba en compromiso, porque se la pagaban a uno más barata. Tenía casi que sostenele el mismo precio, aunque subiera o bajara. Casi no me gustaba, pero sin embargo le vendía mucho.

Yo me acuerdo cuando tenía seis años más o menos. Con mis dos hermanos mayores y dos primos también mayores que vivían allá en La Honda, como por el alto de La Honda que llaman. En ese entonces que estábamos niños, se llegó un 24 de diciembre y mis hermanos salieron pa' llá, pero no me querían llevar. Yo ya sabía que ellos iban a ir y que ellos iban a salir pa' ise a juntar con los hijos de Agustín, el tío, para ir a Mazo, pa' que les diera un regalito. Simplemente un pedacito de camisa, una cachucha, cualquier güevonada, así como le dicen vulgarmente. Yo me maté todo el día detrás de ellos, hasta que por la noche llegué donde Agustín detrás de ellos. Y yo me acuerdo que allá nos comimos unos fríjoles con coles, más que todo coles, porque fríjoles casi ni tenía. Pero usted sabe que uno con hambre no importa lo que haiga pa' comer. Yo me acuerdo que el tío mío se acostó a dormir con la señora.

Los dos muchachos, que eran mayores de edad y los dos hermanos mayores míos, salieron para un baile que había y yo me puse al pie de ellos. Yo tenía mucho físico y era bueno pa' la carrera. Yo sabía pa' dónde iban y fui yéndome corriendo detrás de ellos y ellos a botamen, pero allá llegamos juntos. Ellos adelante y yo detrás, a donde Pablitos Chaverra. Allá entramos, pero todos unos muchachos que no sabíamos ni bailar ni nada, fuimos por ir allá. Dizque por si de pronto había un regalito de Navidad o algo así. Yo me acuerdo que esa noche nos cogió el sueño allá, porque la comidita fue a medianoche. Cuando ya rezó la dueña de la casa la novena del Niño, a medianoche, sacó una botellita con natilla, la partió en pedacitos y nos dio de a buñuelo a todos. Y ahí amanecemos, mal amanecidos, pero amanecemos y todavía estamos vivos. Y esa fue mi primer parranda, tenía yo seis años.

A mí me gustaban mucho las fiestas. Y en ese entonces, cuando yo estaba niño, me iba detrás de los dos hermanos mayores. Ya le fui *cogiendo el golpe* a que hay espantos de noche en la oscuridad, que eso era pura paja. Ya me acostumbré. Yo sabía que había una parranda y yo me iba. Si la había, entraba. Y si no había nada me volvía para la casa. Si había, se bailaba y se tomaba trago y no faltaba comida. En esas parranditas había de todo, comida, baile, música y trago. Eso me tocó a mí de joven.

Fui a la escuela muy poquito. Me tocó un primer año medio día, en la escuela de La Moladora, perteneciente a Guarne. Escuela privada, pagada por los padres. Te cobraba la profesora. Por cada discípulo cobraba 10 centavos semanales. La escuela se llamaba La Moladora. Ese trocito que se llama La Moladora, allá era la escuela, en una casa prestada, de un señor Francisco Castrillón. Los Castrillón era una familia pudiente y fuera de eso les gustaba mucho el estudio y eran profesores. Profesores de escuela, de colegios. Francisco Castrillón que era el dueño de la casa onde nos daban las clases a nosotros era profesor en Medellín y tenía un hermano que fue profesor en esa misma vereda que se llamaba Joaquín.

A esa escuela me tocó ir un año. Medio día. Me cansaba más harto que un diablo, porque siempre la situación económica de nosotros era mala, iba mal desayunao a veces. Llevaba un frasquito con agüepanela. Ese era, como quien dice, el algo. Ya pa' volver a salir a la casa, uno salía de la escuela cansao, con hambre y ya venía uno a llegar a la casa como a la una y media o dos, porque lo largaban a uno a las doce. Esto no demora tanto tiempo, pero uno de muchacho y ya con hambre por ahí, se para entretenido y se le pasa el tiempo y venía a llegar a la casa como a la una y media o dos, a buscar el almuercito.

Después de esa escuela estuve en Mazo, en una escuela alternada. Un día para hombres y un día para mujeres. Entonces, nos turnaban en la semana. El que empezaba lunes, salía viernes. Semanalmente cambiaban de turno pa' que le tocara el medio día una semana a hombres y otra semana a mujeres. Los sábados se daba clase sino medio día.

Para mí fue muy dura la escuela, porque yo iba mal alimentao, por una parte y por otra parte, me quedaba muy lejos, más de una hora de camino. Entoes para mí fue muy dura o no era inteligente o llegaba cansao, pero no aprendí mucho. Y no tuve tampoco mucho tiempo de escuela. Ahí en esa escuela de La Moladora, estuve un año, medio día. Y aquí en esta escuela de Mazo estuve un año, pero alternada.

Recuerdo con mis hermanos que en el año 52 yo mantenía mucha gana de irme pa' l ejército, pa' qué voy a decir que no. Yo me había presentado a un sorteo en Guarne y no me quisieron llevar porque estaba muy joven. Yo buscaba irme pa' l ejército, pa' que se escaparan Octavio

y Jaime, que eran los mayores, porque tenían mejor *entable* que yo. Tenían buenos jardines y sembraban papita. Yo lo único que hacía era comprar, vender y quemar carbón. Eso lo hace uno en cualquier tiempo, ese era el trabajo mío. Entonces yo buscando a que ellos se escaparan me presenté, pero no me quisieron llevar por joven. Y en esas cogieron a Jaime en Rionegro.

Jaime negociaba con papas y huevos comprados en Rionegro. Hubo un reclutamiento allá y lo cogieron. Un compañero lo sacó con fianza, pero ya se vio obligado a tenerse que presentar al sorteo que seguía y tome, que se lo llevaron a *pagar servicio*. Entonces, el otro hermano, que era menor que Jaime, pensando en que sacaba libreta ya estando Jaime pagando servicio, buscó un abogado y le dijo que le ayudara a sacar la libreta, porque ese sí le tenía pavor al ejército. Le pagó como 300 pesos, que cuando eso era un platal el verraco, 'izque pa' que le ayudara a sacar la libreta, pero siempre se tenía que presentar al sorteo y por derecha salió apto pa' l ejército. De una vez lo dejaron allá como tres días y a pagar el servicio a Bogotá. El hijueputa abogado no había hecho nada, lo mandó a presentarse a Medellín y salió apto. Cuando nos dimos cuenta ya estaba uniformado en Bogotá y eso porque no volvió a llegar a la casa y yo sabía que él se iba a presentar pa' l ejército. Pero no había dicho en la casa, porque mi mamá le tenía pavor a que nos fuéramos. A mí no me quisieron llevar por poquita edad. Daba la medida, el tamaño, el peso y todo, pero por poquita edad no me quisieron llevar.

Cuando estaban los dos pagando, se me cumplió el tiempo en que yo estaba aplazao, me presenté y me dieron la libreta.

- A usted no lo llevamos porque usted ha sido muy voluntario y tiene dos hermanos pagando. A usted no lo tenemos que coger, a usted le tenemos que dar libreta pa' que salga a trabajar.

Y me dieron libreta, me valió 18 pesos. Era bastante plata, pero así me tocó a mí. Fui, la pagué y como a los dos meses me vino.

En ese tiempo había mucha violencia. A ellos les tocó la época de la violencia, que empezó en el 48 y les tocó en el 52 en el cuartel. Eso estaba prendido, cuando tumbaron esa presidencia de Gaitán. Era un conservador que había, Mariano Ospina, que lo tumbaron así como a la brava y subieron un presidente liberal. Eso fue ya como en el 52. Eso fue una revoltura y un problema el verraco. Estaba Octavio el hermano mío ya prestando servicio y ya había jurado bandera. A él le tocó ser guardián del tipo ese en Bogotá, pa' poder entrar a posesionarse.

Por acá nunca se vio mucha violencia, pero en todos los pueblos hubo mucha violencia. Lo que pasa es que Santa Elena era un caserío y era de muy poquita gente. En este momento hay mucha gente, pero Santa Elena no ha sido pueblo y Guarne sí era pueblo. Eso existía, más que todo en los pueblos. Se declaró una violencia política. Casi sucesivamente donde había una mayoría de liberales no consentían un conservador y, donde había mayoría de conservadores, no consentían un liberal. Eso mantenían una guerra la hijueputa. Así era Guarne y así era en muchas partes. Eso fue una violencia muy tremenda, hasta que cogió la presidencia una junta militar, entre ellos Rojas Pinilla.

Rojas Pinilla cogió eso en medio de una violencia la verraca y calmó mucho el país. Luego lo declararon presidente y lo reeligieron. En la reelección ya no dio golpe y lo tumbaron. Después hubo un acuerdo, donde como ocho años seguidos mandaba el partido liberal y ocho años seguidos mandaba el partido conservador. Eso siguió yendo así y se normalizó el problema político. Porque el problema político ha sido un problema muy grave. Eso no ha sido bueno, la política es muy sucia.

Yo soy de familia conservadora, por parte y parte. Desde los abuelos. El paterno no tenía como política de ninguna clase, no era político, era anti-político. Ni votaba ni nada, pero tenía una familia numerosa. Eran trece hijos, cinco mujeres y ocho hombres. Eran conservadores todos. Papá también era conservador y de esas cosas que yo me crié con esa política de conservador, pero nunca fui político, ni me metí a peliar por eso ni nada. Y casi que ni llegué a votar. Yo vine a votar por el plebiscito cuando hubo esa violencia, donde votaron muchos

hasta sin cédula, sólo con la partida de bautismo. El todo era que aparentara ser mayor de edad. Eso fue como en el 57 y era una violencia declarada. Había una guerra prendida en los pueblos. En Guarne mandaban los liberales porque sí o porque no. Muchas veces aparecía un conservador y hasta lo aplanchaban, porque existió eso que llamaban la aplanchada. Es decir que lo aporriaban a uno o hasta lo metían a la cárcel. En Guarne existió eso y yo fui víctima de esa moda de la aplanchada.

A mí me iban a aplanchar, pero como yo no era *altanero* me salvé. Yo tendría unos 18 años más o menos. Fue en un mayo, unas vísperas de día de la madre. Habían llamado a Jaime al cuartel esa semana. Ese domingo me fui pa' Guarne y me puse a tomar. Me iban a aplanchar, dizque porque era de Mazo y en Guarne no podían ver la gente de Mazo. Siempre que veían un maceño por ahí tomando traguito, fijo lo machacaban, le pegaban su aplanchada o lo detenían. Eso fueron a hacer conmigo y yo me escapé de que me aporriaran porque yo no, me les enojé. Me cogió un policía, me llevó pa' la cárcel y me metió la noche allá. Amanecí en la cárcel apenas con una mechita'e ruana, ese frío bien hijueputa y sin donde acóstame, en una pieza de ladrillos de barro, encerrao como desde las cinco de la tarde hasta el otro día a las ocho de la mañana que me largaron esos hijueputas.

Así crecimos y nos fuimos formando. Ya después empezamos a conseguir novia y a pensar en casarnos. Y nos casamos y nos regamos de allá. Siempre tuvimos la finca paterna y allá está la finca todavía. Claro que se distribuyó entre los hermanos. Unos vendieron y otros nos quedamos con ella pero ahí está. Todavía tenemos la finca que, inclusive, era la finca del abuelo mío.

La constitución del hogar

A mi esposa Dora la conocí de 14 años, cuando se llevaron a mi hermano Jaime pa' l cuartel en el 52. Resulta que en ese entonces Jaime y yo bajábamos, él con las flores de los dos y yo

con carbón en dos caballos. Jaime vendía las flores de los dos. Pero cuando se llevaron a Jaime pa' l cuartel, ya me tocó a mí bajar con las flores que bajaba Jaime. Ese primer viernes que me tocó a mí, bajé y vendí esas flores al por mayor, pero como yo quemaba carbón y tenía un horno por allá prendido, cogí carro hasta La Roca, compré unos aguacates, se los amarré a la silleta y me fui pa' l Alto el cerezo, ya bajando pa' Mazo.

Cuando salí al Alto el cerezo, vi que bajaron una señora y una muchacha. Ellas siguieron adelante y parecía que llevaban afán. La señora iba mostrándole a la muchacha aquí vive fulano, aquí entramos pa' tal parte y así, ella iba mostrándole los caminos y todo. Entonces yo me fui detracito, como mirando lo que iban haciendo, hasta que a mí se me agotó el tiempo, las alcancé en una de esas, las saludé y me seguí. Pero cuando las pasé, miré la muchacha y me pareció muy bonita. Entonces me dije, la muchacha está muy bonita, la señora está de mucha edad, no parece ni que sea hija de ella y vienen muy amañadas juntas. Vi que entraron a un sitiecito que llamábamos la tienda del difunto Andrés y me fui a esperar a que salieran, a ver hasta dónde iban o para dónde siguen. Me paré ahí como diciendo, no llevo ningún afán. Descargué la silleta y me senté en ella.

Salió la muchacha y pasó toda seria, con un bolsito en la mano. Ella se había entrao a comprar galletas y pa' tomase una botella de leche. Entonces, fue saliendo la muchacha sola y cogió el mismo camino que yo iba a coger. Seguí detrás de ella, pero ella no se dejó alcanzar. Yo no le corrí tampoco y seguí detracito, hasta que vi que voltió por el camino y me cogió ventaja. Salió a un desecho que lo llamábamos el desecho del difunto Andrés y por ahí salió la mamá. Ahí se juntaron. Vi que se entraron y ni tiempo de hablar con ellas tuve. La muchacha me gustó mucho, pero me tocaba seguir el camino y me fui, porque tenía quemando carbón donde un cuñaio que tenía una finca recién comprada. Tenía mucha madera y la estábamos abriendo pa' sembrar papa, maíz y jardín. Yo trabajaba mucho con él, cortaba la madera y la quemaba en carbón. A la muchacha y la mamá no las volví a ver. Me dije, esa muchacha está muy bonita, está muy *pispa* ¿adónde será que yo la vuelvo a ver? Eso fue como en mayo.

El tiempo pasa muy ligero, pero a mí no se me olvidaba la muchacha. Yo siempre bajaba viernes con las flores a la plaza de Guayaquil, a la galería de arriba, que era la de la parva. Vendíamos las flores en el medio. Ahí nos hacíamos los silletteros a vender las flores, cuando llegó la muchacha un día allá, con unas *mechitas* de flores en la mano. Ellos no sabían cultivar flores. Yo vi que las llevó y las descargó donde uno que era vecino de' llos aquí, que se llamaba Natacho. Y yo estaba sentado en mi silleta de flores bregando a vender, aunque ese día estaba la venta mala. Yo estaba ahí sentao cuando la vi y me dije esa muchacha es, esa es y me voy a saludala, a conversar con ella. Pensé que esto ni me lo compran ni me lo roban y dejé eso ahí. Y me fui hasta donde estaba ella y la saludé.

Cuando ella me echó de ver que yo iba po'nde ella intentó volase. Pero como ella le estaba cuidando la silleta al vecino no pudo. Yo fui llegando muy sereno, formalmente y la saludé.

- Buenos días señorita, cómo está.

Yo la traté bien, yo fui muy educado y me paré a conversar con ella. Le pregunté:

- ¿Usted es la que iba por Mazo tal día con una señora? ¿Quién era ella?
- Ah, esa señora era mi mamá.

Ella empezó a contarme la historia, empecé a investigarla, a conversar con ella. Me dijo que iban a conocer la casa donde se crió la mamá:

- Esa se señora era mi mamá, y yo iba con ella a que me mostrara la casa paterna”.

Así empecé a conversar con ella. De una vez arreglamos amistad. En una de esas me dice,

- Yo sigo bajando los viernes y hablamos aquí.

Así fue y seguimos hablando los viernes. En ocasiones yo ya me había ido y ella no había llegado. Me iba a vender los huevos y los quesitos. Si llegaba a bajar ligero, llegaba al carro en el que ella se venía, porque ella se venía a las once y media. Yo sabía que ella se venía en un carro que llamábamos el camión de Luis Martínez, que era de Rionegro. Ese mismo camión era el que me bajaba a mí en la madrugada. Por la tarde se venía a las once y media de Medellín y ella se venía ahí. Entonces yo iba allá a la plaza y pasadas las once la buscaba

y allá estaba, en el carro. A ella le gustaba mucho sentarse en la orilla y muchas veces me senté con ella a conversar. Así fuimos entablando el noviazgo y así fuimos pasando la vida.

Ya después de medio año se casó una prima de ella y me invitó que pa' l matrimonio de la prima. Aquí en Barroblanco se casaba mucho la gente los miércoles y ella me invitó a que fuera.

- Vaya para que vamos juntos al matrimonio de mi prima, ella se casa por la mañana y subiremos a medio día.

Yo me quedé en la casa trabajando, almorcé y fui a la casa de mi mamá pa' que me guardara agua pa' lávame. Nosotros nos lavábamos con agua caliente, pero ya me tocaba fría. Cuando me desayuné le dije a mi mamá

- Guárdeme un poquito de agua al almuerzo que tengo una salidita.

Me lavé las manos y los pies, porque yo andaba descalzo. Me lavé la cara, me cambié ropa y me vine. Cuando llegué a la casa de la prima en Barroblanco, ahí estaba ella, bailando con otros muchachos y muchachas y me puse a bailar con ella, a conversar con ella. Dieron las cinco y media de la tarde y ya salí con ellas de allá. Me vine entretenido con ellas ahí conversando sin saber por dónde iba, cuando menos pensamos me dice:

- Alfonso, ya llegamos, aquí es la casa mía.

Llegué con ella. El papá no veía, el papá era ciego y no más dentramos ahí a la sala me dice:

- Alfonso, dentre yo le presento a mi papá.

El señor estaba sentado en un taburete, escuchando radio y me estiró la mano, pero no se paró. Yo llegué cerquita, porque yo estaba de pa' dentro de la puerta, pero no arrimé a dale la mano. Entonces ella me va diciendo:

- Alfonso, es que él no ve. Arrime usted donde él.

Entonces le di la mano, lo saludé, me le presenté y me puse a conversar con él un rato, hasta las nueve de la noche y ya no me pude ir, porque no sabía el camino. Yo llegué porque llegué con ella, pero como llegamos oscuro y de noche no sabía por dónde salir. Pensé, “yo mañana

tengo mucho trabajo, y un trabajo duro pa' manecer en el monte. Miedo no me daba, pero de aquí no soy capaz de llegar a la casa". Me quedé conversando con ella, ella me arregló una cama ahí y me acosté. No dormí nada, porque aquí hace más frío que allá en la finca paterna de nosotros. Ella sí me arregló una cama buena y me echó una cobija, una manta buena, pero una manta sola no calienta y aquí hace mucho frío. Yo estoy enseñado a la cobija rionegrera. Extraño mucho la cobija y el frío no me dejó dormir. Yo amanecí trasnochao, pero a lo que amaneció me levanté y me fui. Ella se había levantado primero que yo. Como a las cuatro y media o cinco se levantó. El papá se había levantado temprano pa' irse donde el médico con un hermano. Cuando el papá salió se levantó ella pa' la cocina. Ella ya había hecho chocolate y cuando me sintió que abrí la puerta pa' salir, salió de la cocina y se paró en la puerta. Empecé a conversar con ella hasta que amaneció y a pedile señas pa' poder irme para la casa. Ya seguí viniendo y estuvimos de novios como tres años antes de casarnos.

Yo venía descalzo donde la novia y mí *me daba golpe*, porque yo tenía un pie muy *estrellao* y muy grande, siempre he sido muy apersonao. Había veces que había pantanito entre la casa mía y la casa de los suegros y dejaba rastros cuando salía. Ahí se quedaba la novia con las hermanas midiendo el pie mío con un metro. Después de casarnos me contaba que ellas se entretenían midiendo los centímetros que medía el pie. Que yo tenía el pie muy *estrellao* y grande. Eso era porque yo caminaba descalzo por ese camino de herradura y en Medellín. Yo me vine a calzar cuando ya tuve esta novia aquí en Santa Elena, porque tuve otra novia en Guarne, pero allá iba descalzo. Es que aquí en Santa Elena la gente es muy orgullosa. Aquí todo el mundo salía tipo saco, tipo cachacos, pantalón y saco. Entonces yo me estaba sintiendo muy mal, porque yo venía descalzo, con mi ruana y mi pantalón de dril o de paño, porque yo usaba mucho pantalón de paño. Pantalón bueno usaba, camisa buena y muy bien planchada, porque mi mamá me lavaba muy bien la ropa y me la planchaba muy bien. Las hermanas mías eran lo mismo. Yo de ropa salía muy bien, pero salía descalzo.

Cuando ya llegué aquí me vi obligado a tener que comprar zapatos. Pero yo no era que no tenía con qué comprarlos, sino que yo había comprado inicialmente unas sandalias para caminar por el camino de herradura, eso que llaman albarcas, pero me las puse una vez y me

talló mucho. Tuve que coger eso y guárdalo pa' no botalo. Eso me dejó los pies con ampollas, tallado y pelao. Le cogí miedo al calzado. Pero ya con la novia aquí en Santa Elena me vi obligao a tener que comprar zapatos.

Por cierto que recuerdo el día que me compré los zapatos en Medellín. Yo tenía el pie muy explayao y yo era ande y ande ese comercio desde medio día. Pero no encontraba un par de zapatos donde me entrara el pie. Y veo un tipo mirándome por Carabobo, que tenía una ventica en un zaguán, donde quedaba la Foto Moderna. Eso me quedó grabado. La foto estaba en el segundo piso y en ese zaguán y esas escalas el tipo tenía una ventica de zapatos. Él me estaba viendo voltiar. Yo digo que me persiguió. Y cuando iba a pasar me preguntó:

- Joven, usted anda buscando zapatos, ¿cierto?, ¿Necesita zapatos?

Le dije:

- Si, pero no encuentro un par de zapatos que me sirva.

Él me miró de arriba abajo, me miró el pie y dijo,

- Yo tengo unos aquí que te sirven.
- Ah, muéstremelos a ver.

El tipo ya los tenía medidos, ya me había visto. Ese tipo estaba andando detrás de mi. Y él no tenía a quién metéelos, por grandes. Yo metí el pie y me quedó bueno, me entró fácil. Eran negros, de cuero y plantilla de cuero. Me los ajusté, me los amarré, me paré y vi que me quedaban buenos.

- ¿Cuánto valen?, le pregunté y me dijo que 20 pesos. Yo le dije
- No, yo le voy a dar 18 por ellos.
- Deme 19, me dijo, pero yo le conteste que no tenía más. Me dijo
- ¿Se los va a llevar puestos o se los envuelvo?
- Envuélvamelos.

Luego va agarrando una bolsa y me los echó en un papel. Como yo tenía el pie todo sucio de andar por ahí descalzo, me los envolvió y me los traje en la mano. Ese fue el primer par de

zapatos que yo me compré y ya empecé a venir donde la novia con ese par de zapatos. Ya despuecito me compré otros. Ella era muy tranquila, muy disimulada y no me dijo nada, se aguantó callada. Después compré otros y ya seguí saliendo calzado. Siempre me daba lidia conseguir zapatillas, pero yo me fui acomodando el pie y ya me iba acomodando más fácil.

Después de tres años de novios nos casamos. Al principio del matrimonio era, como quien dice, como pájaro sin nido. Aquí y en la casa paterna. Yo venía los domingos y me quedaba con ella hasta los martes. Como el suegro no veía y el que trabajaba era un hijo apenas, yo me quedaba ahí trabajando con él o hasta solo. Trabajaba lunes y martes y largaba por ahí cuatro de la tarde del martes, que salía pa' la finca paterna. Nos íbamos juntos. Me quedaba trabajando toda la semana y al domingo volvíamos a subir, hasta que el suegro me dijo:

- Ustedes así pa'riba y pa'bajo, como pájaros sin nido no van a ninguna parte, o quédese en su casa o quédese aquí, pero así pa'riba y pa'bajo ustedes no van a ninguna parte.

Y él, a pesar que no veía era un tipo muy inteligente. Eso porque perdió las vistas ya viejo y no veía nada, pero era muy inteligente y muy conversón. Él me dijo:

- El trabajador aquí no es sino Óscar,

Que era mi cuñado,

- Y Óscar se levanta a las ocho, saca el tiple, toma café y se pone a tocar. No hace nada aquí. Quédese mejor que aquí vive y trabaja con nosotros. Si algún día consigue con qué hacer una casita, aquí la hace.

Entonces ya optamos por quedarnos en la casa del suegro. Ella no se negó a irse por allá pa' bajo, pero como allá no teníamos casa tampoco, aquí era más cómodo para hacer casa y estaba más cerquita la carretera. Nos quedamos acá, pero yo no era demasiado confiado y dejé una partecita del jardín allá en la casa paterna pa' mí, aunque ellos lo vendían, me daban la plata y así fui ahorrando.

Me quedé viviendo con los suegros ahí año y medio. Yo había trabajado y ahorrado un poquito de plata y ya tenía un montaje de jardín, porque me gusta mucho sembrar jardín. Desde que me quedé viviendo con ellos, les dije:

- Yo sí me quedo viviendo aquí pero si me prestan un pedazo en esta huerta pa´ sembrar jardín.

Porque a ellos no les gusta sembrar jardín, les gustaba sino sembrar papa y maíz y negociar con papa. A mí no me gustaba mucho ese negocito. La siembra de las papas y el maíz sí me gustaba, pero el negocito no me gustaba y no había como más de qué hacer plata. A mí no me gustaba sino el jardín, el jardín era una renta muy buena. Ahí estaba la silleta de flores cada ocho días, ahí estaba la comida, trabaje o no trabaje, así se fuera a pasar o le diera pereza y se quisiera quedar acostao, pero llega el día viernes y ahí está la silleta de flores pa´ recoger y pa´ ise pa´ Medellín a venderla. Eso era lo que a mí me gustaba.

- Coja el tajo que quiera, siémbrelo,

Me dijo el suegro. Esa misma semana traje semillas de mi casa paterna, porque yo tenía jardines allá, hice semilleros, empecé a quemar ceniza, amontonar abono y a arreglar. Me salió el tajo *apestao* y el jardín no me pegó, porque la tierra tenía una plaga que se llamaba lama. Eso le daba mucho a la papa. Por ejemplo, usted sembraba papa y crecía ligero, hasta se desarrollaba bien, pero verde. La cogía esta peste y la volvía como una mota de algodón. Así cogía el jardín y casi todo lo cogía de esa manera. A lo único que no le pegaba mucho era al maíz y, sin embargo, se ponía amarillo. Entonces el lote me salió con esa enfermedad, pero me dieron otro y ese me salió muy bueno. Eso eran de 18 a 20 claveles cada ocho días. Con 500 matas hacía un par de viajes los hijuemadres de buenos. Y a vender a Medellín. Me fue tan bien con ese jardín que todavía recuerdo.

Ya con eso empecé a traer mercao, porque al principio no traía mercao pa´ onde los suegros. Yo comía, pero no traía mercao. Así me fui quedando. Hasta que ya logré hacer ventaja y un día el suegro nos dice:

- Vayan escojan un pedazo en la finca por donde ustedes quieran.

Dora me va diciendo:

- A mí me gusta más que hagamos la casa en la huerta de la rosa porque ahí pasa el agua cerquita y ahí queda cerquita el camino.

Y así lo hicimos. Esta fue la primera casita que hicimos aquí y así vivimos como cinco años.

Mi esposa no trabajó sino destino doméstico. Ama de casa no más. Cuando estábamos recién casaos yo tenía flores, un jardincito y ya teníamos dos niños. Un día cualquiera le dije:

- Bajás unas florecitas, las vendés, yo cuido los muchachos y me quedo trabajando aquí para no perder el día en Medellín.

Entonces ella me contestó:

- ¿Yo a vender flores? ¿A trabajar flores, a madrugar? Yo no Fonso. No, a eso no vuelvo yo.

Y le dije:

- Ah, listo.

Y nunca le volví a decir, ni la volví a molestar para eso. Yo sabía que ella trabajaba muy bien aquí, que era muy voluntaria, trabajaba la casa y mantenía todo muy bien tenido. No se me ocurrió volverle a decir. Esa sola vez le dije y esa fue la respuesta.

Esta casa la levanté yo a punta de flores, de trabajo mío y de *oficiales*. El material lo traía hasta aquí desde la carretera, desde El Yarumo. Resulta que unos tíos míos que vivían en Medellín y que la iban muy bien conmigo, tenían unos depósitos de material y me ayudaban a comprar. Les dije que iba a comprar mil quinientos adobes, pa' comprarlos favorables. Ellos compraron siete mil adobes en un tejero de esos en Medellín y de ahí me trajeron los mil quinientos a mí. Me iban trayendo como de a quinientos. Después compraba la arenita y me la traía en los carros de ellos. Claro que el adobe y el transporte se los tenía que pagar, pero me lo traían y yo les pagaba a ellos allá en Medellín. Empecé a traer adobe y como al mes ya tenía la mayor parte aquí.

Yo subí la mayor parte y Óscar que era un cuñao, de vez en cuando me ayudaba, a raticos. Me traía un viaje o dos. Y así de pronto, vecinos del lado de Barroblanco me ayudaban. Porque los vecinos de aquí del frente eran muy buenos pa' cargar, pero muy egoístas. Como que no les caía bien y no me ayudaron a cargar. Hasta los invité un día y me dijeron:

- Ah, sí, tranquilo Alfonso, que mañana vamos.

Antes se rieron de mí y yo cargando adobe. Lo cargaba a la espalda o con *cargador* de cabuya. Yo cargaba de a seis adobes de allá a acá. Amontonaba los seis adobes con dos lazos, uno a cada lado. Apretaba uno, apretaba el otro, les ponía el cargador y me los alzaba.

En Barroblanco había unos muchachos muy buenos pa' cargar, un hermano del suegro mío y amigos, que cada vez que salían juntos a sacar viaje allá abajo, me traían dos o tres viajes. A veces yo llegaba y encontraba hasta tres y cuatro viajes de adobe ahí amarraos, que los habían subido ellos y los habían soltao allá fuera. Todo era a la espalda. Con un *cargador* de cabuya cargué el material pa' esta casa y la arena la traje en *costales* a la espalda. Después traje el cemento, que lo descargaba allá en una tienda de El Placer, porque aquí arriba no había tiendas. Lo dejaba en el estadero El Placer para que me lo guardaran allá y de allá lo iba subiendo. A mí me tocó muy duro. Cuando ya tenía todo el material empecé con un oficial y me demoré tres meses levantando la casa.

Esta fue la primera casa que se construyó aquí en este lado de la carretera con adobe. Porque el suegro antes de perder las vistas había sido *oficial* y me dijo:

- Alfonso, aquí la tierra es muy mala pa' tapierías. En raras partes se encuentra tierrita que sirva y esta tierra de aquí es muy mala pa' tapiería.

Y yo le creía, porque él había sido oficial y había hecho la casa de él. Yo sabía que le había dado mucha lidia.

Yo busqué un oficial que era muy amigo y era tremendo e bueno. Era de Mazo y se llamaba Jorge Alzate. Era tan buen oficial y tan práctico, que él y el papá, que era oficial también, le

reconstruyeron la Iglesia de Boston a los padres de Boston². La iglesia de era de tapias, pero Jorge Alzate y el papá se comprometieron con los padres a no dañar el techo, sino que ellos eran capaces de levantar esas tapias por columnas en adobe y así lo hicieron. Era tremendo pa' pegar adobe. Yo lo conocía mucho y era muy amigo mío.

En ese entonces, estaban haciendo el colegio de María Auxiliadora en Echeverri. Jorge trabajaba allá y casi todos los oficiales eran de Mazo. Yo la iba bien con Jorge y le dije un día que si me pegaba unos adobitos que tenía allá arriba. El me dijo, “yo con tapia no trabajo, busque a Rubén mi hermano. Y le dije:

- No, yo tengo es adobes allá y Rubén no los sabe pegar. Antes Rubén me dijo que lo buscara a usted.

Y me dijo:

- Yo le pego los adobitos Alfonso, compre cemento que tal día voy.

La casa tenía dos piezas y la cocina, pero ya se prolongó la familia y pensé que había que ampliar la casa, que hacían falta camas. Saqué la cocina e hice otra pieza y así me quedó. Pa' poder cuadrar la casa tuve que dejar un pedacito vacío que nosotros llamamos el zaguancito. Aquí hemos vivido y ya no llevamos sino 61 años de estar viviendo aquí. El hijo mayor tiene 60.

Recuerdo cuando nació Orlando, el primer hijo. Yo pasé muy contento con ese primer hijo, pero mi esposa se enfermó. En ese entonces existía la Clínica Luz Castro de Gutiérrez, que era una clínica de maternidad cuando inició. Y cuando ya estaban trabajando en ella nació Orlando. Yo llevé la esposa a consultas allá y cuando se enfermó la llevé allá. Allá nació mi primer hijo y siempre la dejaron como tres días allá.

Para el segundo hijo, también hizo consultas, pero nació muy rápido. Ella se sintió enferma y se fue a arreglar para irse para llevarla a Medellín a la Clínica Luz Castro y de una nació el

² Barrio de Medellín donde se encuentra la parroquia y el colegio Nuestra Señora del Sufragio, perteneciente de la comunidad de los padres Salesianos.

muchacho. El tercer parto fue otro hombre pero murió. Él se llamaba Armando. Cuando la esposa enfermó salí con ella caminando. Ella ya se puso que no podía andar, “no, si es que el niño ya me está naciendo”, entonces, yo se lo recibí. El niño nació allí en el camino, en pleno camino. Lo cogí y lo envolví en una ruana que llevaba, lo tapé bien tapao y nos devolvimos pa’cá. Lo arreglé, lo limpié bien limpio y le corté el ombligo. Herví agua y la organicé a ella. Yo trabajé toda la noche con los dos, con la señora y con el niño y los arreglé. Armando se murió. Ese era a la carrera pa’ todo. Nació de carreras, prácticamente de carreras se casó, se enfermó y se murió. Ah buen muchacho que fue. Ese muchacho fue trabajador, yo lo ayudé a trabajar en Coltejer. Le tenían mucho cariño por buen trabajador. Tenía dos niñas gemelas, señoritas. Y la esposa es una gran persona. De vez en cuando vienen, son muy amables. Ellos casi no vienen por el costo del transporte, ya que viven en Itagüí y como ella también trabaja con flores, vendiendo flores en Campos de Paz³ no le queda mucho tiempo. Pero sí vienen de vez en cuando. Cuando fueron creciendo mis hijos, fueron dentrando en el estado del matrimonio con sus novias y se casaron. Ninguno se fue lejos.

Caballos, rutas y espantos

Yo desde chiquito trabajé con caballos, porque allá donde yo me crié el transporte era a caballo, para transportar la carga y de pronto pa’ montarse uno un rato en una *enjalma*. Pero más que todo se usaba para cargar leña o carbón y, como había muchas señoras que lavaban ropa de Medellín, para cargar la ropa. Yo salía de ruana, sombrero y machete. Ese era como el uniforme. Había veces que utilizaba paruma, que es una especie de delantal de los que se amarraba a la cintura, para que me tapara abajito de la rodilla el pantano que tiraban las bestias pa’tras. Cuando hay mucho pantano y mucha humedad, la bestia va caminando, va tirando y lo ensucia a uno mucho. Cuando uno menos piensa va todo entierro.

³ Jardín cementerio situado al occidente de Medellín.

Cuando yo estaba por ahí de nueve años, un día yo me fui con los caballos y por allá más adelante, en el camino de herradura, había mucho pantano y un caballo se me enredó y se fue siempre hasta la cuneta. Me tocó descargarlo y después esa lucha para volverlo a cargar. Fue tanto la fuerza y el cansancio ese día, que yo por la noche llegué a las ocho de la noche a la casa, comí la comida y me acosté a dormir, cuando por la noche soñé parando el caballo y me levanté dormido de esa pieza. Me salí hasta la sala, donde había un altar, un arco muy grande, muy bien hecho y muy asegurado en esas paredes. Yo lo único que me di cuenta fue cuando ese altar estaba traquiando y mi mamá llamándome “Fonso, Fonsó”, ella me llamaba Fonsó, “¿qué te pasa, Fonsó?”. Ya con la voz de ella, el traquido del altar y el maltrato en el hombro, desperté. Al otro día amanecí con el hombro todo pelao. Eso porque estaba muy bien asegurado, estaba metido en unos largueros en una pared de tapia y sino yo habría tumbao eso y habría hecho un daño el verraco, porque eso estaba lleno de cuadros. A nosotros nos gustaba comprar cuadros y le poníamos a ese altar. Lo manteníamos lleno.

El primer caballo que tuvimos en la casa paterna se llamaba Colorao, después hubo otro. Eso fue cuando yo estaba joven, en una edad de 13 a 14 años más o menos. Un caballito que era de mi papá y una yegua que tenía mi mamá. La yegua de mi mamá era mediana y la compró una vez porque se dio cuenta que alguien la tenía en Mazo pa’ la venta. La compró en 55 pesos. Yo me acuerdo que mi mamá sacó la plata y me dijo llévele la plata a ese señor y que le dé la yegua. Y yo trabajé mucho esa yegua.

El primero que yo compré lo llamaba El Moro, que era un caballo mediano de estatura, muy bueno pa’ cargar y muy buen galopero. Era rico montar en él. Ese caballo se me murió de un cólico y yo no sabía que sufría de cólicos, aunque lo había conocido antes de comprarlo. Se lo había comprado a un tipo que negociaba con caballos en la feria. A mí me gustaba mucho el caballo, pero no tenía con qué comprásele, porque yo estaba muy joven. Entonces el señor lo sacó un domingo a Guarne a véndelo y no lo pudo vender. Mi papá me dijo:

- Fonso, por allá estaba el Caratejo, pero como que no pudo vender nada. Ahí volvió a traer el caballito moro, muy bonito. A lo mejor vuelva a salir el domingo con él a Guarne.

El domingo me levanté temprano, me bañé, me fui pa' misa de nueve y me salí para la esquina de la plaza, para una esquina que era como la de las ferias. Ahí vendían las vacas y los caballos. Y allá estaba el Caratejo vendiendo el caballo. Yo me arrimé, lo saludé y le pregunto:

- ¿Está vendiendo el caballo?
- Sí, yo sí lo estoy vendiendo.
- ¿Cuánto está pidiendo, por él don Jesús?
- Estoy pidiendo 130 pesos por él.

Yo le dije:

- Este caballo está muy caro por 130 pesos, don Jesús, yo le voy a dar 115 pesos por él y se lo pago dentro de un mes. Yo hoy no tengo plata, pero en un mes la consigo y lo pago.

Me lo rebajó a 120 y me dijo:

- Fonso, le voy a dar ese caballo, y dentro de un mes me lo paga, lléveselo, con su papá como fiador.

Yo tenía con qué pagarlo, no en efectivo, pero tenía como 90 bultos de carbón en la casa, porque no tenía en qué llevarlos. Antes del mes le pagué el caballo. Como a los 20 días le dije a mi papá:

- Ya tengo aquí la plata pa' pagale a Caratejo"
- ¿Consiguió la plata?
- Sí, aquí la tengo y vamos los dos a págale, ya que si no él es capaz que se lo cobra a usted también.

Ese tipo era negociante y *avispa*.

- Debe estar allí, seguramente vendiendo algún caballo.

Y nos fuimos pa'llá a buscarlo. Yo llevaba la plata en el bolsillo y el viejo ya estaba vendiendo otro caballo. Lo saludé y le dije:

- Don Jesús, camine tomemos tinto yo le pago el caballo”.

Nos fuimos para una *cantinita* que había enseguida y tomamos tinto los tres. Mi papá, él y yo. Saqué la plata del bolsillo y como yo sabía que mi papá era el fiador, mi papá me recibió la plata, se la contó en la mano a él y caballo comprao.

Como a los seis meses empezó con unos cólicos muy graves. Lo llevé donde el veterinario, un tipo que tenía un *granero* y sabía mucho de veterinaria, me lo trató y se alivió. Pero me dijo:

- Alfonso, venda este caballo, que de tanto cólicos como estos se muere.

Yo bregué a venderlo, pero lo más que me daban era 110 pesos por él. Mi papá no me lo dejó vender, diciéndome que me había costado 120 y que ya estaban incluso más caros. Yo le dije:

- Pero es que el caballo no está aliviado, este caballo se muere en cualquier parte y es mejor salir de él. Sirven más los 110 que tener el caballo muerto. Pero el me dijo
- A la mano de Dios Alfonso, no venda el caballo todavía, no lo venda.

Y en estas que le dio el cólico y se murió.

Cuando murió, yo lo tenía en un potrero por allá en la finca paterna de mi mamá, en Piedras Blancas. Un día madrugué y bajé de la casa. Lo cargué con otra yegua que tenía allá. Cuando eso teníamos tres bestias. Entonces, un hermano mío se llevó uno de la casa paterna con una ropa que mi mamá había lavado. Él se iba por aquí por Mazo y bajaba y yo cargaba allá en Piedras Blancas a salir por donde llamamos el Alto de Mora, adelantico de la Laguna de Guarne. Me bajaba por allá y en Medellín juntábamos las tres bestias y las tres las traía yo. Las tres no, las seis, porque yo arriaba de subida tres bestias de unas primas de mi papá. Yo las recogía todas en Medellín, las cargaba y subía por ese camino de herradura con ellas. Dentraba a la casa de las primas, las descargaba y seguía con las más pa'la casa.

Ese día, yendo pa' Medellín, yo vi que mi caballo iba enfermó, con cólico. Entonces lo descargué y aproveché unos muchachos conocidos en esa casita de la laguna, que venían pa'riba con las bestias de ellos. Recuerdo que uno se llamaba Constantino y le decíamos Tino y el otro se llamaba Abelardo. Los dos muchachos estaban muy jovencitos, niños, eran menores que yo. Les dije:

- Llévenme este caballo pa'riba que está como enfermo. Llévenselo hasta la casa, que yo entro por él a la tarde.

Ellos se vinieron con el caballo, pero los caballos son muy inteligentes, al ver que se separó de las otras bestias y de mi, como vio que yo no venía, se les zafó y se devolvió pa'llá, pa'l granero donde yo le echaba la bebida, la *aguamasa* y la panela. Como la dueña del granero, que era una señora Elisa Giraldo, me conocía mucho y conocía el caballo, cuando vio que el caballo volvió allá, lo cogió y lo amarró en un poste y le puso cuidado. Cuando yo volví a subir por él allá, ya en las horas de la tarde, mi caballo se me murió, se me murió en la calle, así en un andencito, pero en la calle. Ahí trabajé, buscando quién me lo cargara pa' un río. Me puse a pensar “¿y ahora qué vamos hacer con este caballo, que no hay quién lo entierre ahora?”

Había un hermano mío que trabajaba con negocio de papas, huevos y legumbres que llevaba de Rionegro. Él descargaba en la esquina de la tienda y le dije:

- Jaime, vea a ver si encuentra quién se hace cargo de ese caballo, pa' que lo entierre por allá, por el borde el río. Porque ahí donde está no lo dejan enterrar y yo me tengo que ir porque estoy con estas cinco bestias cargadas. Yo tengo que dejarlo ahí, no tengo de otra.

Llegué a la casa a las diez de la noche, más cansado y más aburrido que un putas y al otro día subió Jaime a horas de almuerzo y le dije:

- ¿Qui'ubo Jaime, cómo te fue?

- Yo no pude conseguir quién lo enterrara, ahí lo tuve que dejar, yo me fui. Esta mañana pasó la autoridad y lo alzarón pa' llevarselo pa' l río, a enterrarlo por allá, quemarlo o algo así. Pero estaban averiguando quién era el dueño, allá en esa tienda.

Había una señora en esa tienda que me conocía mucho y conocía el caballo. Hasta lo quería mucho, porque ella estaba levantando familia y tenía unas monas hasta pispas, y como el caballo era muy bueno pa' cabrestialo y montalo. Cuando tenía tiempo, me decía "Fonso, présteme el caballo pa' montar la niña". Le daba una vuelta por ahí de una cuadríta, a una niña o a dos. Lo querían porque era muy mansito y porque le montaba las niñas. Ella le dijo a la autoridad:

- Ahí pasa mucha gente con esos caballos, por aquí pasa todo el mundo con caballos. Yo, cuando menos pensé, vi ese caballo muerto y no sé de quién será, no supe a quién se le murió.

Claro que ella sí sabía, pero no dijo nada. Empezaron a investigar y a averiguarme mucho. Tuve la policía saliendo como dos meses a averiguar por mí. El riesgo es que cobraban multa, como 50 pesos de multa cuando eso, por haber abandonado el caballo en la calle muerto. Yo miraba hasta la cuadra de arriba y veía la policía allá. La policía me buscó mucho, pero nadie dijo nada. La única que sabía de quién era ese caballo era la dueña del *granero*. Y como ella sabía que yo era muy buen mercador y buen cliente, porque aunque fuera fiao yo le pagaba y llevaba mucho mercao pa' la casa, no dijo nada. Yo le tenía mucho cariño a ese caballo. Además, era un caballo muy bonito. Lo tuve ocho meses.

Yo quería mucho los caballos. No tanto el caballo de silla, porque el caballo de silla sufre mucho. Uno sale por ahí a darse gusto muy bueno con amigos, pero si uno se va con amigos, lo primero que hace es amarrar el caballito, ponese a tomar trago y después, muchas veces, corretear el caballito pa' llá y pa' cá o mantenerlo aguantando hambre. No me gustó ese tiro. Yo andaba mucho en caballo, pero en enjalma y a pelo. No fui amigo de eso, para no maltratar el caballo. No me gustó ser maltratador del caballo.

Con las bestias salíamos nosotros por una finca de las Empresas Públicas, allá hay otra finca que la llamamos La Ríos, fue de un tío mío y tal vez de mi abuelo. Esa era la salida para coger el camino de herradura, cruzábamos por Mazo y esa cordillera allá para bajar a las partidas de Guarne que llamaban. Había un camino que iba pa' Guarne y otro se venía pa' Medellín. Donde está el estadero El Tambo hoy. Había un camino que sube a la cañada pa'riba, ese era el camino herradura, que sale a la laguna de Guarne y sigue un poquito después de la laguna. Ese se encuentra con el camino que va de Mazo. Y en el cruce estaba el camino que sigue pa' Medellín, a bajar toda esa loma. Que esa loma es muy larga y le mete a uno más de dos horas para bajarla y más de dos horas y media para subirla.

Yo iba por ahí desde los ocho años a Medellín y andaba por ahí por Enciso pa' salir a Boston. Subía uno de Boston a Bolivia⁴, subía la otra y cargábamos ahí. Había una tienda que la llamábamos de Ricardo Llanos. Ahí mercábamos, antes de llegar a la Plaza del Obrero. Cogíamos esa calle por Enciso pa'riba y dele y suba, curvas y curvas pa'riba. Ese camino era como es aquí la carretera de Santa Elena, curvas. Yo subía por el camino de herradura con las bestias. Cuatro horas de camino pa' llegar allá a la casa. Eso se demoraba uno. En la madrugada cogía el camino casi una hora todavía oscuro y por la noche, estaba llegando a la casa tipo siete y media u ocho de la noche. Para alumbrarnos, cuando había luna, con luna y cuando no, había que utilizar luz. La luz era un tarrito con una vela y eso lo llamábamos farol. Yo aquí lo utilicé mucho.

Con los caballos de mis primas y los tres caballos de la casa, me daba la vuelta por allá por Sucre, bajaba por Argentina⁵ y salía abajo. Y como yo tenía que descargar por Manrique y Puerto Ecuador, yo cogía esas bestias y las encadenaba, una pegada de la otra. Las cogía de cabresto y me subía por esos lados de Sucre pa'riba.

Me tocó una vez tipo ocho de la noche, llegando a la casa paterna de la zona de Piedras Blancas, con unos caballos para llevar carga a Guarne, que en una manga, que la llamamos

⁴ Nombre de calle de Medellín.

⁵ Nombres de calles de Medellín.

la manga de Pérez, yo alcancé a ver como una puerta, de ahí hacia adelante, bastante adelante, había una luz a la izquierda. Y cuando yo iba pasando de frente, la luz me iluminó a la cara. Eso me asustó bastante, pero yo venía animado por los caballos, porque a ellos no les dio como miedo. Yo llevaba un caballo adelante y venía montado en otro, así a pelo. Esos animales estaban muy educados a que yo los manejara y de esa manera los llevaba. Yo pasé más o menos a tres cuadras, llegué a otra puerta y la abrí. Esa puerta tenía un recodo pa' voltiar a la derecha y luego a la izquierda. Entonces yo hice el recodo y voltié a la derecha, pero cuando ya voltié a la izquierda, a coger la línea como recta, yo observé que había una especie de mujer, pero no grande sino mediana, vestida con falda, de vestido largo como a la rodilla. Y esa yegua en que yo iba, esta hijuemadre apenas vio esa mujer como que le dio mucho miedo y se me tiró al monte. El otro sí se pasó y se siguió. Como que no echó de ver nada y siguió, pero en el que yo iba, apenas vi esa mujer, la bestia también la vio y le dio miedo. Se me tiró por la derecha al monte. Incluso yo bregué a tenerla y ni pude. Yo volví a la otra puerta y me desmonté, pasé el caballo que iba suelto, pasé en el que yo iba, me monté y seguí. Cuatro puertas tenía que pasar antes de llegar a la casa. Pero siempre llegué, más asustado que un verraco. Eso me dejó con muchos nervios. Esa fue como una primera instancia.

Al tiempo, como a los dos años, se casó una hija de los Patiño. Nosotros éramos muy amigos con los Patiño y ellos me invitaron a parranda y yo de *novelero* fui a la casa de Leopoldo a *paviarme* la fiesta. Y resulta que ahí no había ninguna fiesta, estaban en la casa de la novia.

Me devolví entonces pa' la casa y como en ese entonces tenía un par de yeguas muy potrancas, estaban esperándome en la puerta. Me habían huelido el rastro de por donde había salido. Estaban ahí esperándome. Entonces yo me devolví, abrí una de las puertas de adelante y la cuñé, porque no se me tenía así sola. Me arrimé a la otra puerta y la abrí, cogí una de esas potrancas y le puse la correa. Me fui así, agarrándola con lo que me quedaba de la correa y ella con la correa en la nuca. Ella era muy cabrestera, muy mansita, muy buena pa' manejala. Me las llevé a un tajo que hay en las Empresas Públicas y una huerta vieja y pensé, “estas bestias aquí me amanecen llenas, muy buenas, pa' trabajalas mañana”. Llevé una

cogida y la otra fue detrás. Cuando me devolví, porque había dejado las puertas abiertas, cerré la una que era de golpe y luego la otra, que era de trancas. Cuando cerré la primera tranca escuche “ppssttt, psssst, pppssst...” Yo contesté: ¿Qu’iubo? y la cosa se calló. Entonces, yo volví a coger la otra tranca y cuando me agaché a cogerla y la iba a meter, me pasó un aire muy frío de la cintura pa’riba y la tranca se me cayó al suelo. No la pude meter en la aguja esa. Inmediatamente, me dio mucho miedo, pero después me dio mucha rabia y yo corrí. Salía un camino a la izquierda, otro a la derecha y en el centro había como un llanito. Yo me tiré al centro. ¡A ver que hijueputas viene ahí jodiendo, el que me está jodiendo!. Yo llevaba una peinilla de 18 pulgadas y ya la tenía en la mano. Ahí no salió nadie y ya seguí despacio pa’la casa, con un miedo el hijueputa. Pero a mí nada me pasó. Esa me pasó esa vez. Y siempre me asustó. Eran más o menos las ocho de la noche. Y en ese entonces, yo oía hablar mucho de *espantos*. Pero siempre hablaban de espantos era entre las seis de la tarde y las ocho de la noche. Que en tal parte, que en tal otra. Los viejos primero hablaban mucho de eso. O en esa época en la que yo crecía.

Una vez intentaron dos muchachos, hermanos de un cuñado mío, asustar a un tipo que se llamaba Abel Patiño. Abel Patiño era casao con una tía de ellos. Y se la fueron a hacer, pero al hijueputa en vez de dale miedo le dio fue rabia y sacó un machete y se les fue encima. Entonces ya ellos tuvieron que correle y hablale, porque el tipo corría y los persiguió. Él les quitó el vicio, porque era que ellos estaban cogiendo el vicio en una puerta que llamamos El tramojo, que como habían escuchado que ahí espantaban y eran un par de verracos muchachos, que basados en los que contaban la historia, cuando sabían que pasaba alguien, trataban de asustarlo, pero ese les quitó el vicio. Ese sí los hizo volar a machete. Y ese era hasta muy agresivo. Ese donde los coja les da machete. Yo lo conocí mucho.

A mí en eso me tocó una etapa muy dura, cuando ya estaba más grandecito, por ahí a los nueve años o diez, que tenía que ir a la escuela, ir a tráele yerbita a esas vacas y encerrar los terneros, porque los abuelos míos, que vivían por Piedras Blancas, junto a El Tambo, se habían ido pa’ Medellín y ellos tenían dos finquitas, medianas allá. Mi mamá, a veces, mandaba las vacas pa’llá y eso quedaba distante, a una hora entre la casa de los abuelos y la

casa paterna mía. Y me tocaba ir por la noche a encerrar esos hijueperras terneros. A veces me decían que les echara yerba y me cogía la noche. Yo sufría más harto por ahí por ese camino, corriendo y escuchando. Hablaban mucho de espantos, que en tal parte espantan mucho, que en tal parte también. A veces no sentía nada y a veces sí sentía ruidos y sufrí mucho en esa niñez, de ocho a doce años. A mí me daba mucho miedo la noche. Después me puse que le fui cogiendo tanto golpe a la noche y vi que la noche no es nada. A veces que venía tarde de Guarne y estaba muy difícil para caminar, y me acostaba por ahí.

Recuerdo que en la zona de Piedras Blancas hubo una familia Grisales. Yo la conocí mucho. Yo conocí hasta los abuelos y le compré mucho carbón a un Grisales de esos. Yo bajaba con los caballos y le compraba carbón a él. Yo quemaba carbón, pero también compraba. Yo cargaba mucho carbón en la casa de él y llevaba la lista pa traele el mercado a él. Muchas veces yo llegaba tarde, tipo siete, descargaba las bestias, le entraba el mercado, guardaba las enjalmas y echaba las bestias en la finca de un abuelo mío, que quedaba ahí pegada con la de él. Muchas veces amanecía ahí. Era como quien dice el otro papá mío allá. Pero esa familia no era Grisales, era Grajales. Lo que pasa es que se habían cambiado el apellido. Antonio Grajales era el papá de todos estos Grajales de aquí. Él también había sido de la zona de Mazo, pero ya se había levantado aquí con la familia y titulaba a todos Grisales. Era una familia numerosa, porque ellos eran como doce hermanos y todos ya eran la familia Grisales. En Mazo hubo otra familia que desde el abuelo se propuso cambiarle el nombre a la familia. Era padre de diez hijos y ya casi todos casados. Se gastó harta plata, pero les cambió los apellidos a todos, los legitimó Grisales, aunque legalmente el apellido Grisales es Grajales.

Hay una situación parecida en la familia de mi esposa ya que Antonio Grisales, Toño Grisales, que era el papá de la suegra mía, de Joaquín Grisales, de Jesús Grisales, de Berto Grisales y de Laura Grisales, era Antonio Grajales inicialmente, pero había cambiado el apellido por Grisales. Sucesivamente, casi que todos los Grisales que hay eran Grajales. Son apellidos cambiados. Algunos los han cambiado así, silenciosamente con los hijos. Los fueron legitimando. Este señor Antonio, más que todo negociaba con vaquitas, compraba y mantenía vaquitas de leche. Joaquín y Jesús, hijos de él hacían lo mismo. Otro que se llamaba

que vivía en Mazo, negociaba era con carbón. Otro que llamaba Berto trabajaba con cantinas, allá en Santa Elena. La mayor profesión de ellos, a la larga, era en cantina. Por ejemplo, cantina El Placer, la cantina El Yarumo y la de Rancho Largo. Ellos se iban haciendo cambiar el nombre. El Grajales les sonaba muy feo. Entonces el abuelo de la esposa mía era Antonio Grajales, pero cuando yo lo conocí ya era Antonio Grisales.

Las familias de Toño Grisales donde yo compraba carbón y la de Antonio Grisales, el abuelo de mi esposa, no tienen nada que ver, pero en ambas se dio el cambio de apellido. Toño Grisales el que era amigo mío, era del lado de Guarne, como del Alto de la Sierra y nada que ver con estos de aquí. Lo que pasa es que él era casado con una hija de Carlos Grisales. Carlos Grisales vivía ahí en el Alto de Medina y de esa manera vino a vivir Antonio Grisales ahí. Le compró a un señor Gabriel Rojas y Gabriel Rojas era amigo del abuelo mío. La finca lindaba con la finca del abuelo mío. Entonces, ya Antonio Grisales quedó ahí. Yo llegaba donde Antonio Grisales, cuando estaba niño y estaba empezando a trabajar y era como la casa paterna. Yo llegaba allá con los caballos, desenjalmaba, guardaba las enjalmas, los rejos y echaba los caballos. Los viernes madrugaba de la casa, cogía los caballos allá donde Antonio y me iba pa' Medellín. Y volvía a llegar por la tarde y volvía a desenjalmar, pero ya por la tarde le traía el mercado a él en los caballos, pa' él levantarse y cargarlo a la espalda al otro día. De esa manera nos servíamos, pero no era familiar mío ni nada, sino como amistad.

El abuelo de mi esposa, Antonio Grisales fue un tipo afortunado. Le llegó la plata encontrada, en entierros. Él, creo que se sacó como tres entierros y esos entierros eran plata de oro. Eso valía mucho y le sirvió. Creo que en una finca sacó uno y en una casa por allá abajo se sacó otro, por allá en La Honda, creo que se sacó otro en una casa vieja que compró. De esa manera él fue afortunado por plata encontrada en entierros, porque no era demasiado verraco pa' trabajar, ni trabajaba una cosa que diera mucho capital. El trabajo de él era una carguita de leña pa' llevar a Medellín y venderla. Eso eran 80 centavos, cuando eso, para comprarlos en panela y traerle a la familia.

Por ejemplo, uno que se sacó en La Honda, se lo encontró en una casa vieja que compró. Él viejo tenía platica, compró una casa vieja y mandó unos trabajadores a tumbala, a bajar el techo y a bajar la teja. Él llegó a mediodía. La gente, en ese entonces, almorzaba muy temprano, diez y media u once. Llegó allá, los saludó y ya estaban almorzando. Entonces, se subió que a ver la teja y a ver cómo estaba saliendo. Se subió al entejao y cogió dos o tres tejas, cuando se encontró una ollada de oro. Entonces, cogió y lo envolvió en la ruana, se bajó y pasó por donde los trabajadores y apenas se despidió:

- “Muchachos, yo iba a trabajar pero no puedo, ahí empecé a quitar unas tejititas y me cogió un dolor de cabeza muy fuerte, yo me voy pa’ la casa

Y salió y se vino, con una ollada de oro envuelto en la ruana. Pura suerte. En otra casa se encontraron unas varillas de oro y los trabajadores las pusieron ahí a un ladito. Cuando él llegó también para ver cómo iba la casa, los trabajadores le dijeron:

- Don Antonio, ahí nos encontramos unos alambres, unas varillas ahí, allá están en tal parte.

Ahí mismo él se fue, los vio y dijo:

- Esas varillitas me sirven en la casa pa’ cer ganchos pa’ colgar las ollas”.

Y salió con una brazada de gavillas de oro y las tenían al sol los trabajadores. Como a él no le faltaba ruana, entonces cogió las varillitas y las envolvió en la ruana. Les dijo:

- Muchachos, sigan haciendo ahí lo que puedan, yo me voy a ir que ya me dio como dolor de cabeza.

Salió y se vino.

Por allá por Santa Bárbara estaba sacando un señor un entierro, no fue capaz de recogerlo y lo dejó ahí. Y ya fue el viejo y lo recogió. Es que esa cuestión de los entierros es muy difícil. Eso es muy bravo. A un tío mío también le pasó así, allá en un camino que llamamos nosotros La Quicena, pa’ entrar a la casa paterna mía. Él vivía pa’ esos lados del Alto de La Honda, así pa’ bajar pa’ pueblito. Y él se madrugaba con silleta de flores. En ese entonces, los

silletteros eran contados, tres o cuatro silletteros. Él salía de la casa a medianoche, alzaba la silleta y cogía ese camino. Un día que había sentido por ahí cualquier ruidito se puso a escarbar y sintió el espanto, el ruidito y miró bien adonde era. No sé si vio luz o no, pero cogió y destapó el entierro con el bolón, con una palita que usaban mucho pa' que el bolón no resbalara. Con eso lo destapó y no fue capaz de recogerlo. Ese entierro lo destapó Agustín, el tío mío y Rastrillo pasaba atrás y lo recogió. Iba detracito de él y ya lo vio destapado y le echó mano, venga pa' cá negrito y se lo llevó. Rastrillo vivía ahí donde vive la familia de Leopoldo. Y Agustín vivía para el ladito de atrás. Una ollada de oro.

Técnicas y oficios

Yo empecé trabajando parejo desde los seis años. Empecé ayudándole a mi mamá. Arriaba los terneros, le sacaba yerbita a la vaquita, le abría la puerta y por la tarde me tocaba volver a encerrar los terneros. Es que era muy diferente en ese entonces. Como las familias éramos muy numerosas, íbamos empezando a trabajar al lado del papá. Como muchas veces el papá trabajaba en la huerta, en la casa, entonces uno empezaba a trabajar a lado de él. Aprendiendo a sacar cabuya en carrizo, ayudándole a sembrar papa o a desyerbar unas matas de maíz. Así empecé yo.

Así aprendí a quemar carbón. Yo me iba con él, cuando tenía cinco o seis años a ayudarle a cargar leña y la leña que llevaba era un palito, uno más o menos regular o mediano, porque no podía con palos grandes. Cuando se ponían ellos a armar el horno, mi papá con un trabajador, porque mi papá era hasta flojo pa' eso y ponía un trabajador, yo empezaba buscando chucitos, de la candela que prendía y eso me amanecía encendido. Había veces que eso amanecía prendido y mi papá mismo lo llevaba en la pala y lo metía al fogón de la casa. Otras veces lograba sacar carboncito, lo iba juntando y cuando ya tenía más bastantico lo vendía. De esa manera aprendí.

Cuando estaba pequeño yo quemaba y compraba carbón. La casa paterna mía era muy grande, había unas piezas muy grandes y el corredor era grande. Yo amontonaba y no tenía donde guardarlo, entonces lo llevaba pa' la casa y lo guardaba. Yo trabajaba siempre con los

caballos, llevando carbón pa' Medellín, pero también compraba dos o tres bultos, una carga, dos cargas, tres cargas. Si era bueno, de buena leña y bien empaqueo, yo pagaba eso como a siete pesos carga. Yo me ganaba más o menos la mitad en eso.

El trabajo era muy duro, había que madrugar tres y media o cuatro de la mañana buscando esos caballos, luego a buscar a ver donde era que estaba la carga y cargarla. Luego coger el camino a Medellín a vendela por ahí en las casas y después a buscar un poquito de comida para los caballos. Yo les daba salvao de trigo y panela quebrada. Por último tocaba devolverme, con carga de mercao o vacío. Me subía a raticos en el caballo si iba vacío. También subía mucho con ropa de lavanderas. Tuve un tiempo que bajaba con el carbón, más que todo y les subía la ropa a ellas, les subía las bestias por ahí por la carretera, a salir por allá por Mazo. Duro el trabajo porque con las bestias eran como cuatro horas de camino y era duro.

Yo tuve un tío que vivía en la misma finca con nosotros y otro que vivía en La Honda. El que vivía en La Honda era muy amplio y muy amable para todo con nosotros. Estando nosotros muy niños vendió la finca en La Honda y se fue para Medellín. Él tenía como dos casas o tres en Medellín y le gustaba trabajar con negocio. Trabajó unos días en el municipio, pero allá se descuadró con un compañero, iba a tener voleo de machete con él y los echaron a los dos. Se dio cuenta el inspector que manejaba aguas y bosques, que se iban a agarrar a machete y a todos dos los echó.

Entonces, el tío mío arrancó y se fue para Medellín a trabajar con el negocio de carbonería. Él trabajó con carbonería toda la vida en Medellín. Por lo menos 50 años. Él compraba el carbón y lo revendía, era comerciante. Tuvo carbonería en Enciso y tenía varias casas en Enciso. Vivía allá. Ahí le compraba al que le ofreciera carbón y según la calidad él se lo pagaba. El carbón tenía sus calidades. Carbón de pino, carbón de maderas comunes y carbón de roble. Eso era muy seleccionado. El pino es más flojo, es decir, que se acaba más rápido. El común rinde un poquito más y el roble, ese sí es más fino, ese resiste mucho.

Uno hacía varios oficios a la vez, eso era mezclado, se hacía de todo un poco. Yo me recuerdo que quemaba carbón con un señor Jesús Gallego, que me ayudaba a hacer hornos y trabajábamos los lunes o martes en eso. Lo prendíamos martes, y eso estaba pa' empacarlo el sábado. Con él mismo empacaba. A eso le mezclaba yo la bajada a Medellín, que era los viernes. En ese entonces yo bajaba con las bestias, con carbón y con ropa de las lavanderas,

Pero nosotros teníamos también sembrada allá bastante cabuya y desde niños sacábamos en carrizo. Éramos flojos pa' sacar cabuya, ya que no sacábamos sino diez o doce libritas. Mi papá era otro que no era capaz de sacar sino siete, pero se colocó en las Empresas Públicas y dejó ya eso, pero nosotros sí seguimos. La vendíamos en rama, ya que nosotros no hilábamos. La llevábamos a Guarne y se vendía así en rama, en manojos, pesada. Después aparecieron las máquinas de sacar cabuya y ya eso lo sacaba la máquina por contrato.

Yo me acuerdo que las últimas tandas de cabuya que llevamos a vender, las sacábamos en carrizo y las vendíamos por ahí a 60 o 65 centavos. Esos eran los precios de la cabuya y la seleccionaban mucho por calidad. Los compradores de cabuya se guiaban mucho por la calidad y la examinaban bastante. Había veces que uno se descuidaba o el carrizo no le cogía bien y quedaba de mala calidad, porque uno rajaba la cabuya por ahí en cuatro o cinco guascas. La parte delgadita de arriba se la envolvía uno en la mano pa' jalar la parte de la cabeza e iba haciendo el manajo. Después, cogía el manajo, que era casi una libra, lo envolvía en un palito y la mano, lo voltiaba y lo despuntaba. Había veces que no quedaba muy bien, que quedaba sobrante entre el descabezado y el despunte y eso lo llamaban palo. Eso tiene mucho palo decían, lo calificaban así. El manajo iba torcido y le buscaban donde empezaba el despunte, luego, donde empezaba el despunte, ahí buscaban el palo. Eso también sucedía muchas veces por los carrizos que estaban acabados por el centro, en el encuchillado. El carrizo era un solo palo con esa cuchilla en la mitad y la cuchilla se iba desgastando, por lo que no ajustaba bien, aunque uno lo apretara y le quedaba palito a la cabuya, le quedaba un poquito de guasca y al secase quedaba como en palo.

Sucesivamente, nosotros teníamos en cuenta pa' sembrar a principio del año, en febrero. Por ahí entre el 12 y el 24, como por el tiempo de la menguante y eso así. Se sembraba el maíz, porque el maíz se sembraba por cosecha. Eso lo llamaban la cosecha de La Candelaria y se sembraba por el 2 de febrero. La otra siembra se hacía por santos, era san Matías, el 24 de febrero. La papa casi simultáneamente se sembraba por la misma época del maíz.

Cuando ya crecimos más, nos dedicamos a sembrar flores. Aprendimos a sembrar jardín y sembrábamos claveles más que todo. Con eso nos solventamos un poquito la vida. Mi papá no era muy amante del jardín, pero tenía un hermano que sí. A veces el tío nos daba semillas o matas y sembrábamos en la casa pajitos. Ya empezamos a venderlo y nos fuimos adaptando a las flores.

Yo empecé a dedicarme más que todo al jardín más o menos en el 52, el año que se llevaron a Jaime para el ejército y me entré pa' la casa a manejar un jardín. Yo tenía un jardincito poquito y él tenía otro jardincito poquito. Además él era el que vendía las flores de los dos. Entonces me fui a luchar con los jardincitos, con el poquito de él y el mío. Empecé a bajar a vender esas flores y así fue pasando el tiempo.

Hace tiempo que no hago oficios. Hace como 14 años me molestan mucho los pies y la cintura en alto grado. Este problema mío no tiene remedio o sí tiene remedio, pero el último. Ya cuando uno se acaba así en los pies y estando tan avanzado en edad y todas esas cosas el remedio es el último, porque me ha caído cansancio. Yo ya lo que estoy es acabado. Este mundo todos los días crece más, por lo menos en personas, pero la tierra no crece, la tierra es la misma. Tierra no hace nadie.

Un aliado de la justicia

En una época, ya casado, yo tenía por costumbre levantarme tipo una de la mañana, como quien dice a dar vuelta y a despachar flores pa' irme pa' Medellín, porque yo tenía flores aquí

que se las vendía a un amigo. Él pasaba por ahí a una o una y media de la mañana y entraba. Efectivamente, puse el reloj despertador a la una de la mañana porque me había acostado muy tarde amarrando flores, a las once de la noche. Estaba bien retardado, porque tenía bastantes flores en ese entonces. Me acosté a dormir y sentí un ruido. Yo no vacilé, me levanté y salí aquí afuera, me asomé a ver el gallinero que estaba en frente y vi unas varas caídas. Me fijé y habían bajado tres barras. Habían hecho un hueco y por ahí habían bajado las barras del medio y se llevaron 16 gallinas y un gallo. Se lo llevaron todo.

Entonces, yo a lo que vi eso, despaché las flores a alguna gente que había venido, entre ellos a Fernando Londoño. Le entregué esas flores, él salió con ellas y yo no le dije nada. Estaba muy oscuro, prendí una vela en un farol, me tercié un machete y me fui a la carrerita. La gente siempre salía al estadero, ahí estaban las dos salidas por dónde se entra a la carretera y la otra salida por el lado de arriba. Pa' que la gente no viera, porque pensé que esos estaban todavía en la carretera, les salgo allí abajo. Efectivamente, cuando yo me salí por la curva de encima, que era más sola, más oscura y más difícil, ahí estaban los ladrones. Yo no los vi, pero los sentí. Ellos corrieron y se metieron más pa'l monte. Dejaron el camino solo. Subí hasta la inspección, que se mantenía muy sola. Ahí había un puesto de policía de retén y el policía del retén me dijo:

- Señor, yo, desafortunadamente, no le puedo ayudar. Yo trabajo es con el tránsito y yo no puedo dejar esta oficina aquí sola. Aquí no hay más nadie quién y de los guardias de aquí no hay ni uno. El único que está más cerquita es Sacramento y está allá en la casa arriba durmiendo. Usted verá si va y lo llama, pero es el único que está más cerquita y está allá durmiendo.

Yo ni corto ni perezoso me fui y llamé a Sacramento. Sacramento se vistió y se equipó. Se vino con su revólver y yo me vine con él. Yo no tenía arma de nada. Entonces, como yo los había sentido aquí arriba, en una curva donde sale la carretera ahora, porque cuando eso todo estaba en tierra, nos hicimos ahí. Estando ahí pusimos cuidado hasta cuando vimos que bajó un carro de los de Oriente, paró y los recogió. Eran dos. Yo sí alcancé a ver con el reflejo que estaban alzando como costales y ya cuando el carro llegó donde nosotros lo paramos. Yo

pregunté por el ayudante dizque pa' que me reciba el viajecito. El ayudante se bajó y yo aproveche y le pregunté:

- ¿Cuántos pasajeros alzaron allí?
- Ahí alzamos dos pasajeros.
- ¿Qué carga llevan?
- Ah ellos llevan unos costales con gallinas.
- ¿En cuál banca van?
- Ellos van en la banca de atrás.

Ahí mismo nos fuimos y los capturamos. Los tipos se nos armaron, se tiraron al suelo y se nos fueron a volar. Uno sacó un cuchillo como de ocho pulgadas a tiranos. Yo sí llevaba un machete y no lo quise herir, solamente le saqué el cuerpo y le pegué un planazo. No lo quise herir. Pero se le tiró directamente al policía que estaba al otro lado y el lo tenía encañonado con el revólver. Eso era de noche y oscuro. No se sabía de nada. Entonces, cuando el tipo se le tiró y se le fue a aventar al policía, ¡tas!, le largó el tiro, cayó al suelo y listo, ahí se murió, nosotros no lo alzamos. Como ya vimos que cayó y no era capaz de moverse, lo dejamos ahí y nos fuimos con el otro pa' la inspección.

Ya llegamos a la inspección y nos dicen, aquí no hay más policía, no hay nadie, ni el inspector ni nada, pero voy a llamar al doctor Absalón Vargas. Entonces, llamaron al doctor Absalón, le contaron y él subió al levantamiento. Ese hombre, el inspector, era muy bravo. Era un inspector de policía que trabajaba en la Permanente. Era un tipo rígido, bravo y apenas llegó nos va diciendo:

- Y ustedes por qué no mataron ese otro hijuetantas, para no tener que lidiar con él. Miren, mátenlo.

Fue sacando el revólver y me lo pasó.

- Pero no podemos, le dije.

Ya no se le podía tirar. Es que las cosas hay que saberlas. La ley es muy jodida y tiene muchos puntos.

- No, ya llévenselo pa' que pague por este otro.

Y se lo llevaron. Alzaron el muerto y se lo llevaron. Ya nos vinimos con el tipo capturado, llevándolo hasta abajo donde salió la patrulla. Lo metieron al carro y se lo llevó el inspector Absalón Vargas, que con los ladrones sí que era bien tirano. Su oficina quedaba en la Inspección General, en el Palacio de Justicia, donde queda la permanencia.

Las gallinas las recuperamos todas, como unos cuadros que estaban en el corredor. Todo lo recuperamos, todo lo que se habían llevado. Al ladrón le metieron cuatro años de causa desde ese momento. Lo siguieron investigando y lo trajeron a un careo conmigo, como a los dos meses y cogió a negar todo, pero como yo tenía muy buena memoria, sostuve todo lo que había dicho y hablado con ellos. Esa indagatoria, ese careo, duró casi tres horas y ahí lo volvieron a montar pa' Medellín y a pagar. Pagó cárcel mucho tiempo. Fuera de eso, estaba volado de la cárcel. Estaba pagando por un robo que había hecho y estaba condenado a un año. Ese mismo día se había aporriado la mano. Cuando lo capturamos ya tenía una mano aquí ligada, aporriada. Al hombre no le fue como nada bien ese día.

Gracias a dios eso paró ahí y sirvió, porque limpió el barrio. Robaban con mucha frecuencia las gallinitas y las vacas y eso mejoro la situación. Esos tipos no eran de aquí ninguno, eran de Marinilla y nadie los conocía. Una vez un tipo se me enojó por allí adelante referente a eso y me puso problema. Hasta me desafió. Me dijo que no cantara mucha victoria, que cualquier día amanecía por ahí con la boca llena de hormigas. Entonces yo fui y puse el denuncia en esa forma y también lo metieron tres años. Ahí les acomodaron siete años a los dos. Tres a uno y cuatro a otro. Con eso se paró mucho el daño aquí en toda la región de Santa Elena, porque ya era el segundo caso que pasaba. Más adelantico a un señor Eladio Atehortúa, también le robaron unas gallinas. Ese también se vino y llamó policía y las recuperó. Ahí sí no hubo pelea, pero el hombre recuperó las gallinas y se llevaron pa' la cárcel al tipo que las llevaba. También le metieron como un año de cárcel.

Recuerdo que recién casado yo cuidaba con mucho esmero una vaca que tenía la suegra mía y que era muy buena de leche. Eso criaba cada año y no descansaba sino un mes o mes y

medio. No nos faltaba la leche con esa vaca y esa vaca también nos la robaron. Yo no me di cuenta, pero parecía que se la habían robado martes por la noche y ese martes por la mañana yo me había ido para la finca paterna, a trabajar allá. Cuando volví al jueves, me va diciendo la señora:

- Fonso, qué te parece que se robaron la vaquita de Tina.
- - ¿Desde cuándo se la robaron?
- Se la robaron desde el martes, el martes se perdió y no la han podido encontrar.

Yo llegué jueves por la noche, al otro día me madrugué y me fui pa' Rionegro a denunciar. De ahí me fui pa' La Ceja y denuncié en La Ceja. Me puse pilas con la vaca esa. Estuve en la feria pero no la sacaron a la feria. Y como al lunes era la feria en La Ceja y yo había denunciado en la feria, por si salía a La Ceja, los ladrones se dieron cuenta seguro de eso y vieron que ya estaban como sesgados con la vaca. Con la fisonomía de la vaca, el denunció y todo eso la largaron a la calle. O la largaron y la vaca cogió la calle, cogió el camino y se vino. La vaca la debían haber tenido por estos lados de Sajonia. Y se vino exactamente hasta el puente de la entrada de Perico.

La vaca se vino y cuando ya llegó allá, no siguió pa' cá pa' la casa, sino que se entró pa' llá. Yo había estado buscando toda la semana y ese día, ese viernes y el domingo por la tarde, estuve andando todo ese monte, tremendo de grande, buscando a ver si encontraba huesos o señas de que la hubieran matado, alguna cosa y no encontré nada. Ese día, por ahí a las cuatro y media o cinco, allá donde llamamos El Cartucho, donde había una cantina, yo llegué más cansado que un putas y me senté en el mostrador. Pedí una colombiana y unos buñuelos. Apenas me los comí le dije al cantinero:

- Dame un aguardiente grande de sobremesa para no perder la venida, para no perder el día por aquí.
- ¿Cómo así que para no perder la venida? ¿Qué te pasa hombre?.

- No, fue que nos robaron una vaca esta semana y toda la semana la he estado buscando en este monte a ver si están por ahí los huesos o eso así y por ahí no había nada. Ya estoy mamao, estoy cansao y me voy a tomar un aguardiente pa´irme pa´ la casa.

Entonces, el tipo cogió la copa, me la puso ahí, me la llenó y me la tomé. En eso estaba a unos metros un señor que se llama Toñito Ríos y oyó lo que yo había dicho. Me dice:

- ¿Cómo así don Alfonso que cómo pa´no perder la salida? Yo oí que le pasó

Y me va preguntando:

- ¿La vaca tiene ternera?
- No, la vaca está sola, ella no tenía cría.
- ¿Cómo es la vaca?

Yo le di la descripción de la vaca y me dice:

- Yo digo que esa vaca está en la casa mía. Esa vaca llegó anoche a la casa mía, por ahí a las once de la noche. Anda con una ternera, llegaron las dos.

Yo ahí mismo, ni corto ni perezoso, arranqué y me fui pa´ la casa de él. Cuando llegué estaba la vaca comiendo con las vacas de él. Entonces, me devolví y le dije a Toñito:

- Sí, esa sí es la vaca, dejémosla allá que el martes voy por ella. Yo no me voy a poner a cabrestearla aquí ahora. Déjamela allá al menos dos o tres días, que yo te pago la estadía y esta semana vengo por ella.

Vine y les dije a ellas aquí en la casa, “esa sí es la vaca”. Y así fue que yo no volví por la vaca, porque el hijo y la suegra mía se la llevaron para donde don Joaquín, que había trabajado mucho con negocio de ganao. Ellos cogieron la vaca allá en la casa del Toñito Ríos y no la entraron aquí, sino que la bajaron hasta Puerto Alegre. Ahí arribita había una casa de un hermano de la suegra mía y dejaron esa vaca allá.

Entonces, yo ya llegué a la casa de mi mamá y le conté la historia a mi mamá de la vaca, lo que me había pasado con ella, que se la habían robado y el trabajo que había tenido

buscándola. Le dije, la vaca la van a vender, la están bregando a vender, esa vaca es muy buena, a lo que me va diciendo mi mamá:

- ¿Y cuánto están pidiendo por ella? ¿Cuánto le dijeron que pidiera por ella?
- Ah, que pida 400 pesos por ella.

Era una vaca buena. Mi mamá ya conocía la vaca, porque mi mamá vino a asistirle una dieta a la esposa mía aquí y mi mamá cuidaba la vaca de la puerta. La suegra mía vivía en la misma finca pero más allá, más arriba. Y como yo cuidaba la vaca a diario y esa vaca me tenía mucho cariño, porque yo era el que mejor la cuidaba, todos los días venía aquí. Cuando me iba a venir me dijo:

- Tome, llévese los 400 pesos y tráigame esa vaca.

Me vine con la plata ese día. Al otro día me levanté tempranito, como a las cinco de la mañana y me fui pa' la casa de los suegros, llevé la plata y les dije la historia, que mi mamá compraba la vaca, que ella sí daba los 400 pesos por ella.

- Ah, llévesela, llévese la vaca.

Me dijeron. La vaca estaba en la finca de un hermano de la señora dueña de la vaca, allá en Puerto Alegre. Fui, cogí la vaca allá y por un camino que había salí a Mazo, a la escuela de Mazo y se la llevé a mi mamá. Y a mi mamá le fue bien con la vaca.

Busqué la vaca, la encontré, la vendí y seguí feliz lucrándome de ella. Porque ya con mi mamá nos seguimos lucrando de la vaca. A pesar de que fue ordeñada como en cuatro partos, le dejó a ella como otros seis o siete y salieron unas vacas buenas. Mi mamá hizo un buen ganao con la vaca. De aquí nos sacaron varias vacas y las pelaron en las rocas, allí más arriba, en Santa Bárbara. Ahí tiraron vacas de nosotros, de un señor Daniel Atehortúa, de Eladio Atehortúa y otras vacas de Barro Blanco, pero recuerdo mucho la vaca de Tina.

La carretera

Yo participé altamente en la construcción de esta carretera, pero escondido, porque los opositores de la hechura de la carretera eran tíos de la esposa mía y yo les conocía toda la *malechera* a ellos. Estuve prácticamente sin que se dieran cuenta hasta que llegó el momento de hacer la carretera. Yo tenía el informe y todo en Medellín, en Planeación Municipal. Eso ya había tenido un envite pa' rompela y no la habían dejado romper. Entonces lo fuimos planeando como en dos semanas y llegó un puente antes de la mitad de año, lo tramitaron en Planeación Municipal y se trazó. Entonces mandaron máquina ese día y mandaron una patrulla con seis policías a cuidar la máquina y el conductor. Yo sabía que venían, pero me hice el pendejo y me puse a arreglar el desayuno para llevar.

- Fonso, ¿usted no va a salir? Por allá están rompiendo ya en la carretera.
- ¿Sí, cómo así que están rompiendo carretera, donde?
- Allá abajo, en El Yarumo.

Yo me hice del todo inocente, arreglando el desayuno. Entonces cogí el desayuno, una pala y me fui. Cuando llegué allá el buldocero no me conocía, pero me había oído mentar. Ellos tenían la referencia allá, que conmigo era donde iban a poder guardar la máquina.

- ¿Usted conoce un señor Alfonso Ríos, que parece que él es el único en el que podemos confiar la máquina?

Les dije:

- Véalo aquí está.

Y me dijo el buldocero:

- ¿Adónde es la casa suya?
- Queda al bordo del camino, allá arriba. Dele a eso, tumba barranca como pueda, que después la emparejamos. Eso tiene casi un kilómetro de aquí allá. Yo respondo por la máquina, pase lo que pase.

Me quedé trabajando todo el día con ellos y seguimos pa'riba. Por la tarde entraron la máquina. Yo tenía una puerta pequeña de alambre de púas y una puertecita pequeña de golpe. Eso lo tumbamos y entramos el buldócer.

- Aquí el que vaya a hacer una cosa con este buldócer está muerto conmigo.

Y nadie se metió a hacer nada contra el buldócer. Yo lo cuidé toda la noche. Eso lo abrimos en tres días. Ya por Pescadero había carretera, pero los de aquí no nos habían dejado romper. Ya después la emparejamos y la nivelamos. Los que se oponían eran los dueños de una finca. Como eran de los viejos antiguos de por acá, que habían colonizado esto aquí, no querían dejar hacer nada con esto. Ellos hacían lo que les daba la gana y no dejaban meter a nadie. Por ejemplo, ellos tenían agua y no dejaban coger a nadie de las aguas que pertenecían a ellos, no dejaban tomar agua a nadie. Pusieron luz y no le dejaban coger luz a nadie, eran totalmente cerraos.

Entonces eso se cogió a la brava. Cuando llegó el día, con ese cordón de policía, se empezó a romper. Los dueños de la finca lograron parar tres días el trabajo, porque el buldócer vino un puente de viernes. El viernes era día de fiesta y la máquina la mandaron ese viernes. Trabajó ese viernes todo el día y llegó hasta aquí a la casa. Al sábado siguió y ya la pararon arribita, donde había una puerta. Ahí había una cruz, había una puerta y ahí la pararon. Entonces, yo ya le dije al buldocero que tranquilo y lo informamos a Medellín. Había un doctor allá de Caminos Vecinales, más fuerte que un putas, también más bravo que un verraco y al lunes llegó, cogió el carro y se vino con ese buldocero. Éramos pa'riba y cuando llegó a esa puerta dijo:

- Tumba esa puerta y siga pa'delante. Tumbando barrancas como pueda.

Llegó a la otra puerta y dijo:

- Tumba esa puerta y siga pa'delante.

En medio día se tumbaron todas las puertas que había. Había como cinco puertas, para salir allá a Pescadero. Eso tenían candaos con llaves, pero llegaba la máquina de frente y ¡tras!, tumbaba eso, se pasaba por encima y seguía tumbando barrancas, llegaba a la otra y ¡tas!,

tumbaba eso. Cuando ya se llegó al Pescadero, ya nos subimos arreglando y arreglando, se puso a pulir.

Una mujer y algunos de los que se oponían, salieron con palos y con machetes, pero como vieron la autoridad no pudieron hacer nada. Era una familia de dos tíos y como de ocho sobrinos. Donde estaba El Placer. Una de ellas, la de por acá, era la hermana, doña Laura. Eso era un combo y los de abajo la chuzaban a ella para que no diera paso a que se abriera la carretera y ella llamaba. Veía cualquier cosa rara aquí y en el camino y ahí mismo subían. Ella tenía ocho hijos y todos salían de machetes y armaos. Eso ponían problema como un hijueputa. Pero cuando llegó ese momento, ya eso se fue de una.

Ellos no dejaban pasar ni un caballo. Tenía que ser caminando. Si el mercado era en Barro Blanco y venían a caballo, tenían que dejar el caballo parqueado y la persona subir con el bultico al hombro, hasta donde estuviera la puerta final. Eran como cinco puertas, pero eran unas puertas sagradas para doña Laura. Permitía pasar caminando pero no caballos, a menos que ellos autorizaran. Eso era con miles lidias y con miles humillaciones.

La carretera me trajo un beneficio como que me hubieran regalado todo esto, porque yo sufría mucho. Pudiendo tener un caballo aquí y sacar la carga allá, tenía que sacarla a la espalda y entrarla a la espalda, desde allá de la carretera. Yo traje el adobe y el material para la casa a El Yarumo, donde está esa cantina. Ahí era el descargadero, porque la carretera pasaba por debajo y de ahí pa' cá al hombro, a la espalda. A mí me trajo un gran beneficio la carretera y yo luché mucho por eso. A mí y a otras personas. La gente de la zona de Pescadero, pa' llá pa' trás, eso lo llenaban aquí de papa, tierra y capote. Los que les daba desconfianza dejar la papita afuera me decían, déjemela entrar pa' la sala don Alfonso. Ahí me acabaron dos entablados, montando cargas de papa. Llenábamos eso de papa. Esto era una bodega. Esta carretera de El Yarumo pa' cá debe ser de después del 70.

A mí no me querían los vecinos de aquí porque yo le servía a todo el mundo, a toda esa comunidad de atrás, de Barro Blanco. Yo era muy servicial con todo el mundo de allá. Inclusive, ellos intentaron matarme, lo que pasó fue que no les quedó fácil. Me salieron en

aquella curva allí abajo y les pusieron problema a los dos muchachos mayores míos. Yo salí en defensa de ellos. Yo tenía un revólver más bueno que un putas y salí allá y los calmé. Ya estaban disparándole a los hijos míos y yo llegué y los paré. Sin sacar arma ni nada, los paré por las buenas a los que estaban ahí.

Estaba apaciguando la pelea y ya la tenía apaciguada, cuando salió otro hermano de ellos con otro revólver, por la derecha fue disparando a todas partes. Ya me dio rabia y le dije:

- Así sos vos de macho hijueputa, ¡tas!

Le pequé en la mano, le tumbé el revólver al suelo y ya el revólver lo cogió otro. Lo cogieron con la mano herida y llorando, todos los hermanos y la mamá. Entonces, ellos empezaron a corretiarne, a correrme y a perseguirme como un verraco. Yo cogí y mandé esas armas con el hijo mayor mío para la casa de un hermano, por allá por El Tambo, a Piedras Blancas. Yo tenía una escopeta y un revólver, todos dos bien buenos y los mandé pa'por allá. Cuando la policía vino aquí a requisar no encontraron las armas, ni me encontraron a mí, porque yo mandé las armas pa'llá y yo me fui pa' Medellín. Puse un abogado y me fui a la casa de un amigo, como a gestionar la cosa. Al mes me presenté cuando ya teníamos todo gestionado con testigo, declaraciones y todo y no me podían capturar. A los muchachos sí, a todos tres sí se los llevaron pa' la cárcel como tres días.

Yo estuve cinco semanas perdido, sin poderme coger la policía y sin presentarme. Venían aquí a diario, en la tarde y la mañana. Andaban todas las fincas paternas por allá, por Piedras Blancas. A todos los amigos le preguntaban por mí. Yo creo que no se quedó amigo donde no fueran. Pero tenía un abogado muy bueno y gestionando todo. Yo sabía que había testigos presenciales y yo los había hecho pedir por el abogado allí a Santa Elena. Es decir, yo hice todo el debate y a lo que ya estaba todo listo, me presenté. Con dos abogados.

Yo tenía un jardín muy bueno aquí y tenía un vecino que se encargó de venir a recoger, vender las flores y traer el mercado. Y si le faltaba por ahí, los amigos ayudaban.

- Ve, llevale a Alfonso.

Cuando yo vine había comida de sobra. Yo pasé un mes por allá, pero pasé bueno, porque tenía mucha amistad en Medellín, y me fui para donde una familia muy amiga. Comía y dormía allá, me bañaba y me mantenía aseado. Esa familia me apoyó mucho y se quedaron callaos.

Yo me presenté un lunes y no me acuerdo que tipo de problema hubo, entonces, al martes y miércoles no abrieron oficinas y me quedé encerrado tres días. A los tres días ya salí, me llevaron a indagatoria, a investigación y me dieron salida. Esos tres días fueron muy amargos, porque la alimentación era muy mala, además la cárcel tiene mucho animal. La gente allá lo ven a uno que es persona buena y se lo quieren comer. Uno cae allá y eso es como gallina gorda, como pollo gordo pa'l almuerzo. Yo no era grosero, ni pa' decirles palabras ni pa' golpiar a ninguno. Yo me defendía así, con empuñalos me defendía de ellos. Yo no golpiaba a nadie por no enredame más. Yo sabía que donde yo le diera un golpe a un tipo allá, se chupaba tres golpes. El que yo le daba y dos que se pegaba, uno en la nalga y otro en la cabeza, en el piso, porque yo pegaba muy duro en ese entonces.

Eso estaba lleno y a mí no me fue mal, porque llevaba las referencias. Y allá me encontré entre los detenidos a unos conocidos. Eran tres y eran de Rionegro. Entonces, yo me hice amigo con ellos y pasé bien con ellos allá. A mí no me fue mal, porque allá le quitaban a uno la ropa, lo golpiaban y lo mataban. Fue una de las cosas que más me advirtió el abogado a mí. No pelée con nadie, no se altere con nadie, deje que le digan lo que quieran y yo, de hecho, era un tipo muy prudente. La cárcel yo no se la deseo a nadie. Es muy dura.

Historia del desfile de silletteros

Recuerdo el primer desfile que hubo de silletteros en Medellín. Eso fue hace muchos años. Yo iba a participar, pero no tenía un peso. Me llamaba la atención el desfile y me pareció muy bonito, pero no participé por la parte económica. Me iba mejor vendiendo las flores que



Arriero de tradición

con lo que daban en el desfile. Eso fue en el 56. Yo tenía la esposa y dos hijos y no vi garantía pa' pagarle nada a uno. Pensé, "¿con qué merco? Yo no tengo más plata, yo no tengo nada. A mí me fían un mercado, pero ¿después con qué lo pago? Lo que llevo a casa, tasándolo bien y manejándolo bien manejaíto, apenas me alcanza pa' mercar".

Sin embargo, recuerdo que mandé el mercao en la flota y me fui a ver el desfile. Fui como espectador. Yo fui porque me llamaba la atención el desfile y me pareció muy bonito. Para el segundo desfile me hice inscribir y llevé la silleta. En ese momento no se necesitaba contrato ni nada. Ese desfile lo inició Efraín Álvarez, que alcanzó a hacer tres desfiles, me parece. Y ya lo cogió Fomento y Turismo, más o menos con dirección de la alcaldía y desde entonces viene la alcaldía funcionando con eso y pagándolo.

La primera silleta que hice para ese segundo desfile la hice metiendo las flores así por cajones. Yo tenía clavel rojo, clavel porcelana, clavel príncipe y le fui metiendo una raya de rojo, le metí la primera línea de unos liriecitos, como tres o cuatro docenas de lirios. Después le puse una línea de un clavel y otra de otro. Así la fui bajando. No es que le haya trabajao mucho. Eso en un momentico la armé. No era sino meter las flores ahí y apretarlas con un lazo. Así como las bajaba a vender al mercao. Eso no le ponía ciencia. Esos primeros recorridos los hicimos todos desde Amador con Junín. Por Junín, íbamos a llegar al Parque de Bolívar y de ahí salimos con tres o cuatro desfiles.

Creo que en el cuarto desfile, que estábamos ahí citados, pasaron unos tipos comprando una silleta de flores. A ellos no les interesaban sino las flores y nadie se las quiso vender, hasta que arrimaron donde yo estaba. Yo sabía que por la silleta me daban 25 pesos en el desfile, entonces yo les pedí 40 por ella y preciso, les vendí la silleta por 35 pesos. Me los pagaron, me montaron en un carro y todos los compañeros quedaron hasta con mucho miedo, ¿qué quién sabe para dónde me iban a llevar con la silleta de flores? Y los tipos me llevaron hasta el Teatro de Bellas Artes, aquí en La Playa.

Entonces descargué la silleta, les entregué las flores y me quedé con el cajón. Como por ahí bajaban los carros hasta La Plaza de Flores, me fui para allá y con 15 pesos compré claveles

rojos, porcelanas y príncipe. Hasta compré dos docenitas de lirios. Llené esa silleta otra vez y volví al desfile.

Yo anduve rápido. Como me llevaban en un taxi, me pagaron ahí mismo y yo conocía mucho los carros de Enciso, porque yo bajaba por ahí, salía un carro de esos y me descargaba ahí en toda la puerta de la venta de las flores. Ahí mismo, rápido, compré flores y como llevaba la silleta y los lazos, las amarré y me la monté a la espalda. Como el desfile estaba cuadrado para arrancar ahí, en Amador con Junín, es decir a dos cuadras de donde estaba, entonces ahí mismo llegué.

Los compañeros se estaban preocupando porque siempre me estaba demorando, Pero cuando ya volví a llegar con la silleta todos se pusieron alegres. Inclusive el desfile estaba un poquito pasmao, que porque estaban evaluando, pero todos estaban pendientes de que llegara yo.

En ese entonces desfilaban por ahí unos 80 o 90 silletteros. Ya habíamos bastantes, porque el primer desfile lo hicieron con 25 silletteros. Porque no había garantía de plata de nada y los silletteros todos llevábamos las florecitas pa' vender y mercar. Yo sé que a Efraín Álvarez le dio mucha lidia recoger esos 25 silletteritos pa' ese primer desfile, porque todos conocíamos que era un jornalero y que no garantizaba darnos nada por las silletas, sino que fuéramos voluntarios. Él de una vez advertía, “yo no les puedo garantizar que les voy a pagar esas silletas, porque yo no tengo plata, yo soy un jornalero. Yo, escasamente, me gané aquí con qué comer. Traigan las silletas pa' que hagamos un desfile, que yo sé que le vamos a dar golpe a la ciudad con eso”. Él nos echaba carreta, era un tipo conversón, muy formal y muy *avispa*.

Pero así conversando consiguió silletteros voluntarios. Como quién dice que fuéramos decididos a regalar la silleta o a perderla. Así en esa forma. Y así fue como empezó el desfile. Ya para el segundo desfile, me parece que ya había garantía de pagarnos los 25 pesitos por las flores y ya participaron más, pero el primero fue así, en seco, sin nada. Lo que pasa es que le fue bien, porque algunas empresas privadas de Medellín le dieron con qué pagar esas flores. Entonces él pagó las flores. Pagó por parejo las silletas a 25 pesos y también se dieron

premiectos, que en ese entonces se trataba de fumigadoras sencillas, ordinarias, pero a algunos les servía las fumigadoras. También recogió cobijas, camisas, palas, azadones y picos, es decir, objetos así. Lo que él pedía en el comercio y le daban, le servía para darle a los silletteros.

A Efraín le nació la cuestión del desfile, porque él se madrugaba a la cuestión de repartir los tiquetes en la plaza y él tenía la oficina alta, en un segundo piso, que lo llamábamos la taquilla. Él era el administrador de la plaza. Nosotros en el primer piso, por una ventanilla pequeña, comprábamos los tiquetes para entrar. Comprábamos los tiquetes antes de que abriera la plaza, porque sino, no nos dejaban dentrar. Si no llevábamos el tiquete en la mano y la silleta, no podíamos entrar.

Muchos llevábamos las flores a veces de compromiso o encargada, para entregarla así. Los compradores por encargo eran muy poquitos, a veces no era sino Ramón Ruiz. Entonces algunos por correr a descargar ligero la silleta donde Ramón Ruiz, cogíamos a alzar la silleta y nos íbamos en turno a esperar que abrieran y otros, por ir a coger los puestos donde *menudiaban*, para que no se los quitaran y no perder la clientela que los buscaba ahí. Éramos todos amontonaos, con esas silletas cuando faltaba poquito pa' abrir la plaza, por ahí cuando faltaban diez minutos o quince, paraos en la puerta, apuntalándonos el uno en el otro, porque uno con una silleta bien pesada, cansao de la madrugada y ahí parado con ella en la espalda, eso empieza uno a mover el cuerpo de una manera y de otra.

Entonces, Efraín miró eso desde el segundo piso en su oficina y cuando ya abrían la plaza se veía ese desfile de silletteros que uno corría pa' una parte y otro corría pa' la otra. Él admiraba eso, lo vio bonito y ahí fue donde le nació la idea del desfile de silletteros. Esa fue la tradición del desfile de silletteros y así fue como él promovió eso, pero le dio mucha lidia porque no tenía plata y casi nadie le daba la silleta. Prácticamente de aquí de Santa Elena no pudo conseguir silletteros. Los que le ayudaron un poquito fue de Barro Blanco y más que todo, de allá de la parte de abajo, de donde yo vivía, en El Rosario. De allá llegaron muchos con

claveles. Como llevaban unas silletas demasiado grandes, vendían una parte y dejaban un poquito en la silleta. Esa silleta más flojita, más o menos la cuadraban y la llevaban al desfile.

Las silletas en ese entonces eran de 400 a 500 docenas, eran unas silletas muy grandes. Así era la mía. La cuadraba por ahí con 400 docenas. Le ponía gladiolo en la cabecera, adelante y luego de ahí pa´ abajo empezaba a ponerle los claveles. Yo le ponía una línea de claveles arriba y una aquí que quedaba escondida, otra que volvía a subir y empataba con la de arriba y así sucesivamente. Al apretarlos, no se quedaban viendo sino los de arriba. Los de abajo no se quedaban viendo, con el fin de que rindiera la silleta, pa´ echarle bastantes, esa era la medida.

Me gané un premiecito una vez en un desfile. Un premiecito poquito, un tercer puesto y en la versión veinte volví y gané otro tercer puesto. No me acuerdo cuando fue la última vez que participé de un desfile, tal vez diez años, pero la silleta mía desfila todavía. Todavía la llevamos con el nombre mío. La llevan los muchachos. Nunca se ha dejado de participar y aquí siempre participamos con dos silletas. Yo tenía la mía y la esposa otra. A ella no le gustaba salir a ninguna cosa o a ninguna parte, pero por allá como en el tercer desfile, le dio por irse con una silleta de flores. Que quería ver el desfile y llevar la silleta de flores. Yo le decía, eso pa´ que veas el desfile, si tenés ganas de verlo, lleva la silleta y se la das a Diana. Así ves el desfile, porque de lo contrario no te lo dejan ver. Arregló la silleta y la llevó. Ella era guapa pa´ cargar. Ella cargaba papa conmigo. Entonces fue al desfile, se amañó y siguió yendo. Después ya figuraba en las inscripciones y se la pasó a uno de los muchachos. Ahí la lleva uno de los muchachos todavía. El menor, Édgar Arturo, lleva la silleta de la esposa y el otro, Orlando, lleva la mía. Me encanta verlo por televisión, por ver desfilar los muchachos y ver cómo llevan las silletas. Es que el desfile de las silletas se ve mejor por la televisión que allá.

Las silletas se arman acá. Ahora que hay buena luz la arreglo ahí en el corredor, afuera. Primero que era con vela tocaba adentro. Como es silleta tradicional, se cogen las flores y se ponen en agua. Ya por la tarde o por la noche, tipo siete u ocho de la noche, se empieza a



Arriero de tradición

armar. Eso rumbea mucha gente en muchas partes, hacen su parrandita. Yo aquí, no he hecho nunca eso. Pero sube mucha gente. La gente entra y pide permiso. ¿Nos da permiso de ver la silleta? Yo no le niego la entrada a la gente. Eso no. Aquí entra mucha gente. Eso es como una semana santa en desfile. Eso sube gente a ver las silletas hasta Barro Blanco y es que de aquí pa´trás es donde salen silletas buenas. Lo que pasa es que a la silleta emblemática le meten mucha fiesta, mucha tiza a eso, porque esa es la que se ve bonita. Pero más que todo están pa´tras.

GLOSARIO

Aguamasa. Revuelto de sobras de la cocina de la casa que se le acostumbraba dar de comida a los animales.

Altanero. Rebelde, grosero, que no se deja controlar o dominar.

Apestaó. Apestaado, que tiene peste o está enfermo.

Avispao. Avispado. Persona viva, despierta.

Cantina, cantinita. Establecimiento comercial donde se vende café y licor. También puede usarse caneca o recipiente metálico para depositar líquidos.

Cargador. Fajón artesanal tejido en cabuya que se coloca sobre la frente y sirve para levantar pesos.

Coger el golpe. Desentrañar, encontrar la salida.

Costales. Sacos de cabuya tejidos en telares horizontales.

Enjalma. Aperó para las bestias de carga tejido con cabuya y relleno de paja.

Entable. Negocio o modo de obtener recursos para la subsistencia.

Espantos. Apariciones.

Estrellao. Abierto, explayado, ancho.

Granero. Establecimiento dedicado a la venta y comercialización de granos (maíz, arroz, frijol).

Malechera. Mala condición, maldad.

Me daba golpe. Me parecía gracioso, me llamaba la atención.

Mechita. Pedazo, pedacito; cuando se refiere a la ropa, es algo trajinado o acabado por el uso.



Arriero de tradición

Menudear, menudeaban. Volver menuda, vender al menudeo o por unidades.

Novelero. Curioso.

Oficiales. Trabajadores de la construcción.

Pagar servicio. Prestar servicio militar.

Paviar, paviarme. Observar mirar de lejos.

Pispa. Bonita

Se tulló, tullirse. Quedar imposibilitado/a para moverse, paralizado o paralítico.